

# EL CORREO DE ULTRAMAR

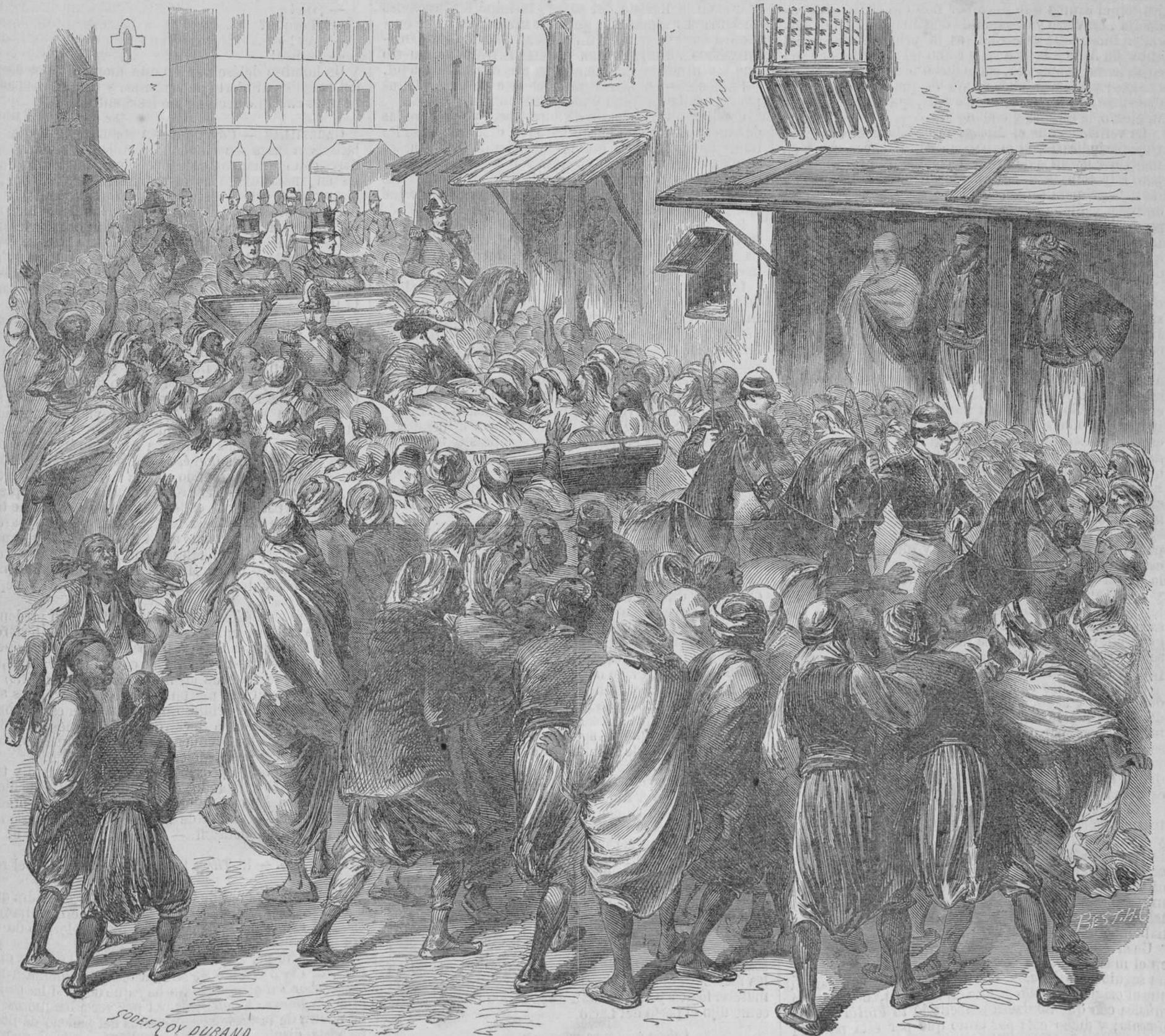
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saunier, núm 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 406.



SOEFROY DURAND

VIAJE DE SS. MM — ARABES BESANDO LAS MANOS DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ A SU SALIDA DEL PALACIO DEL GOBIERNO.

## SUMARIO.

Arabes besando las manos del emperador y la emperatriz á su salida del palacio del Gobierno; grabado. — Revista española. — La vida. — Desembarco de SS. MM. en el puerto de Argel; grabado. — Recepcion de SS. MM. en la catedral de Argel; grabado. — Revista de París. — Ferro-carriles. — Viaje del emperador; grabados. — Una historia inglesa. — El café de la Europa en Nápoles; grabado. — Expedición de Siria; grabados. — Cristóbal Colón y la Universidad de Salamanca. — Revista de la moda. — Expedición de China; grabado. — Las obras del puente del Rhin; grabado.

## Revista Española.

Teatros que se abren. — El Monarca cenobita. — Lo que se ve y lo que no se ve. — Zarzuelas. — El público se divierte. — Una nueva actriz. — Manual teórico-práctico de literatura corriente. — Recepcion de la embajada marroquí. — Viaje de la reina. — Inundaciones. — Músicos y danzantes.

Dando vueltas en la rueda eterna del tiempo henos aquí otra vez en setiembre, el mes de los días de agradable sol y cielo azulado. De nuevo empiezan los placeres del invierno, y de nuevo los teatros empiezan á dar al público las obras del ingenio adornadas con los atractivos escénicos. Desgraciadamente el año dramático que se inaugura, tiene trazas de ser tan poco feliz para las empresas como el que ha concluido. Hasta ahora funcionan dos compañías de zarzuela, que es sobrada racion para este género, y una de verso, estando anunciada para octubre otra de esta última clase y el teatro de la ópera, y aun tal vez no falte algun otro aficionado á estas especulaciones que pretenda llamar gente á cualquiera de los teatros de segunda clase que aun quedan vacantes.

La compañía del Príncipe ha inaugurado sus trabajos con el drama que lleva por nombre *el Monarca cenobita*, en verso y original de don Juan Miguel de Losada. Dicen que esta obra es la primera que aquel autor ha dado á la escena, y como tal resiéntese de in-experiencia dramática, como dicen los que la echan de críticos; y le hace falta, según los que van al teatro á divertirse, que *alli suceda algo mas*, que haya mas movimiento de escenas y de lances.

La verdad es que *el Monarca cenobita* tiene contra sí para perjudicarle, el género á que pertenece, muy de moda por los años de mil ochocientos treinta y tantos, pero hoy completamente caído en desuso. Por lo demás, la primera producción del señor Losada le da una entrada ventajosa entre nuestros autores dramáticos, pues leida han de apreciarse mejor que vista representar las bellezas de la versificación. Olvidábaseme decir que la acción de este drama pasa en los últimos años del emperador Carlos V.

Al *Monarca cenobita* ha seguido en el mismo local otro drama con el nombre de *Lo que se ve y lo que no se ve*, arreglo hecho sobre original francés por don Juan Belza. Preléndese probar en él que no es por lo común el dolor mas verdadero el que mas asoma en el rostro; pero para conseguir este objeto acude el autor á resortes no poco inverosímiles. Figúrense mis lectores que un coronel, al partir á la guerra de Africa deja encargadas de cuidar á su anciana madre ciega á su mujer y á una hermana. Pues bien: llega á oídos de estas la noticia oficial de la muerte del coronel ocurrida en un combate, y comprimiendo una y otra su pena en el fondo del corazón, aparentan alegría cuando se hallan en presencia de la pobre madre, y hasta fingien cartas del que lloran perdido, porque el pesar no acabe la existencia de la anciana.

Esto es sin duda ninguna dramático é interesante; pero para que una señora ciega y que apenas sale de casa no sepa la muerte de su hijo, ¿es necesario que la mujer y la hermana del difunto vayan á los paseos y á un baile? ¿No podian aparentar que iban á donde les pareciese conveniente, y meterse en la cama ó pasar las horas necesarias para dar visos de verdad á su generosa ficción en casa de una amiga? El que las viese en el baile, ¿no estaba realmente autorizado para pensar mal de ellas y ponerlas en mala fama?

Es por lo tanto violento y nada verosímil el asunto del drama, y además de esto las situaciones buenas y de efecto que le hacen á veces interesante, se hallan tan estiradas, por decirlo así, que pierden su mérito y se convierten en pesadas y lánguidas. En honor de la verdad no se hubiera perdido gran cosa con que el drama se hubiera quedado sin asomar por la escena española vestido con nuestro idioma.

*Los Piratas* lleva por título la primera zarzuela estrenada este año en el teatro de la calle de Jovellanos, y es original de don Luis Rivera, con música de don Luis Cepeda. Esta producción se conoce que ha sido escrita con objeto de atraer gente, y su autor no ha meditado mucho el plan, habiendo por ello caracteres muy violentos y situaciones falsas. Entretiene sin embargo agradablemente y está muy bien versificada, habiendo logrado buen éxito.

Un arreglo de la ópera cómica cantada por Mme Ugalde en el mismo teatro con el nombre *la Fille du regiment*, ha seguido *los Piratas*. Lo mismo la versión española que el original francés de que está tomada, conservan la música con que Donizetti embelleció *la Figlia del regimento*; y dicho está por tanto que por esta parte la nueva zarzuela tenía éxito seguro, sin que para ello

importara gran cosa la ejecución, pues á los cantantes de aquel teatro no les exige el público grandes cosas ni mucho menos. Esta traducción que pertenece á don Emilio Alvarez, está hecha con cuidado y en verso, habiéndose en ella introducido correcciones, suprimido escenas y creado un nuevo carácter, el cual en honor de la verdad no tiene gran originalidad ni exactitud. Los cantantes se han esmerado todo lo posible en el desempeño de esta ópera; pero aun se merecía mas la bellísima música de Donizetti.

El público busca, y esto es innegable, las ocasiones de reírse; parece que desde el momento de alzarse el telon, espera con avidez que los actores suelten algun chiste para soltar él tambien la carcajada. Esto se veia en la pieza en un acto *Bodas ocultas*, estrenada en el Príncipe y traducida no sé por quién; pieza que á pesar de no tener ningun mérito literario y hasta de ser demasiado larga, entretiene y hace enseñar los dientes al público con todas las señales de verdadero contentamiento. Así ha sucedido tambien con el *pasillo filosófico* fúnebre del señor Serra *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, representado en el teatro de la Zarzuela y adornado con música del señor Oudrid, que ha logrado un grande éxito por ser ligero y lleno de chistes.

Hasta ahora una nueva actriz solamente ha aparecido en las tablas, la señorita doña Pilar Boldun, primer premio del Conservatorio. El papel que desempeñaba en el drama, arreglado por el señor Belza, de que hablé antes, es por demás ingrato para quien empieza á darse á conocer. Un acto entero pasa en la escena casi sin hablar, y teniendo que expresar en su rostro los efectos producidos por los demás actores; todo en una situación demasiado tirante y que se prolonga mas de lo necesario. Pero á pesar de todo, la señorita Boldun tuvo momentos muy felices, y aun conseguirá agradar mas cuando desempeñe papeles de mayor importancia. En mi juicio, lo mismo ella que su hermana Elisa, á quien el público aplaudió ya el pasado invierno, están llamadas á ser dos artistas distinguidas.

Y ya que he concluido con los teatros por este mes, y que en la Revista del pasado terminé las lecciones de VIRTUDES SOCIALES, ¿querrán mis lectores que empiece á darles á conocer un MANUAL TEÓRICO-PRACTICO-FILOSÓFICO DE LITERATURA CORRIENTE? Allá va, puesto que tan bondadosamente acogen mis obras. Héle aquí.

PRÓLOGO. — La literatura es el arte de hacer letras para solaz del prójimo y alabanza propia.

Conócense varias clases de letras, pero yo prefiero las de cambio. A los que hacen letras de esta especie se les llama banqueros, los que las fabrican de las restantes reciben el nombre de literatos. Son pues los literatos ciertos seres que abundan en todo tiempo como las moscas en verano; que se meten en todas partes como ellas, y que participan no poco de su pesadez.

Para ser literato basta colgarse este título en la lengua. De esta suerte, cada vez que el titerato abre la boca, enseña al público la patente, ó sea la punta de la oreja literaria.

La literatura sirve de licencia absoluta para hablar de todo. Por esta razon me pongo yo á escribir un manual de lo que no entiendo.

¡Juventud parlanchina! tú que derramando palabras formas con ellas la escala para encaramarte hasta los puestos para los cuales se creyó en otro tiempo niña la misma vejez: tú que anhelas el premio antes que los merecimientos, no sabiendo cuánto halaga recibido despues de ellos, oye; ¡que por tí me meto á literato!

¡El Café Suizo, el de la Iberia y otros cien salones ennegrecidos por el humo de las palabras te abren ya sus puertas! ¡Habla! La audacia es la encargada de recoger los laureles.

Para que alguno de vosotros logre fama de listo y despejado, ya se le presentarán negocios. Tambien se le presentaron á José María.

Pero sobre todo, alumnos míos, hablad, y hablad. La lengua es el cetro del mundo.

CAPITULO PRIMERO. — *Del periódico.* — El periódico es la manifestación del espíritu de todo un pueblo: el órgano de diferentes cañones que suenan de distinto modo, y cuyas teclas toman diversos matices según el tono que se da el que las toca. En el periodismo sobresale el respeto á los que mandan, y si no lucen la meditación y la profundidad de ideas, á lo menos se distinguen por lo atrevido de las frases, giros y locuciones con que aumenta y embellece el castellano.

El periódico consta de fondos, que son oscuros generalmente, para que se vean mejor las ideas; de sueltos, llamados así porque se agarran á la oreja del contrario, de gacetillas, de folletín y de variedades. De todo pondré modelos.

Artículo de fondo. — La crisis que venimos atravesando ha hecho á nuestros correligionarios ocuparse de las utopías financieras, en revancha de las ideas burocráticas que los genios de las comuniones contrarias nos arrojan á la cara en defensa de sus principios. ¿Porqué meter en lucha el trono con el gabinete? Es por arribar á las posiciones oficiales que se hacen inconveniencias que no pasan desapercibidas al ojo del país. No nos ocuparemos de las gráficas maneras de enjugar la deuda flotante, que valen tantas ovaciones al funcionario que tiene la cartera de Hacienda. A los recalitrantes les diremos que el papado y la revedad son ideas en que gira el porvenir, y que el ridículo de las fusiones que pretenden, es la misión sintética, es la marcha lógica y civilizadora de la humanidad. Porque como dijo el poeta del Lacio

Pallida mors æquo pulsat pede  
Pauperum tabernas regumque turres.

SUeltos. — *Ministerial.* — El gobierno de S. M. ha dado un gran paso con la abolición de la pesca de sardinas en el Manzanares. Este elemento de riqueza pública estaba á punto de perderse por el desden con que lo miraban las administraciones anteriores. El gabinete se ha elevado á la altura actual de Europa, y ha acreditado una vez mas la plena confianza que inspira á nuestra soberana.

*De oposicion.* — Una nueva prueba de que los hombres que rigen los destinos de este país desventurado no saben lo que se pescan, es la abolición de la idem de la sardina, recientemente decretada para mal del Manzanares. El gabinete, secando esta fuente de riqueza pública, nos hace jugar un papel triste á los ojos de las demás naciones, y demuestra que en vano finge ser ya depositario de la confianza de S. M., y que es inexcusable la crisis que hace tiempo venimos anunciando.

FOLLETIN. — *Muestra de una novela original.* — Hipólito se habia consolado ya.

Eran pasados muchos días. El sol brillaba en el horizonte, dorando las hojas de los sicómoros y de los rododendros y magnolias.

Las avecillas sacudían las alas y cantaban. Entonces un hombre salió de entre unas matas. Una ancha capa le cubria, y un sombrero apenas dejaba observar su aspecto.

Su edad sería cuarenta años y tres días; sus narices pequeñas indicaban que era chato, y tenia patillas en los dos lados de la cara.

Una ventana se abrió á lo lejos, y una mano que asomó por ella llamó con sus dedos al recién llegado.

Empezó en seguida el siguiente interesantísimo diálogo:

— ¡Jorge!  
— ¡Elena!  
— ¿Con que te vas?  
— Sí.  
— ¿Cuándo?  
— Mañana.  
— ¿Y me dejas?  
— ¡Oh!  
— ¿Porqué?  
— ¡Ay!  
— ¡Adios!

Un hombre dejóse ver en este momento por detrás del pabellon cubierto de verduras, y con los ojos chispeantes exclamó rechinando los dientes:

(Se continuará.)

GACETILLAS. — *Coyunda.* — Anoche se verificó el enlace de la linda señorita doña Emilia Fernandez Coliflores con el muy conocido jóven don Juan Perez. Uniólos en indisoluble lazo el arcipreste de Carabanchel, y fueron padrinos el marqués de Cielospardos y su hermosísima señora. Los señores de Coliflores hicieron los honores de la casa con indecible finura; sirviéronse dulces y helados con profusion, y la novia, que cenía una guirnalda de flores, lucía un precioso traje de *cephyr glacé d'or*, con dos cintas azules en la espalda y tres plieguecitos en el pecho. Parten los novios á pasar la luna de miel en sus posesiones de Getafe, donde les deseamos toda clase de felicidad.

Q. S. G. H. — Ha fallecido ayer el Excmo. señor don Crispin Abrojos y Cartera, antiguo ministro de Hacienda. Buen padre, buen esposo y honrado patricio, el señor Abrojos se lleva al sepulcro las bendiciones de todos los que colocó mientras estuvo en el poder, separando de sus puestos á muchos viejos empleados que ya no servian para nada. Espérase á su esposa y sus hijos, de los cuales estaba separado hace muchos años por cuestiones domésticas. Nosotros les enviamos nuestro pésame, deseando que la tierra le sea ligera.

¡Por una losa! — Tendremos mucho gusto en que el corregidor pase por la calle de \*\*\*, donde hay hace tres dias una losa de la acera mal puesta, que no parece sino que está aguardando á S. E. para hacerle romperse las narices. Al ver tales descuidos cualquiera creería que estamos no en Madrid, sino en una aldea miserable. Los extranjeros formarán un triste concepto de nosotros.

*Almanaque médico.* — En esta semana han predominado las mismas enfermedades que en las anteriores, notándose predisposición á los padecimientos del encéfalo, del tubo intestinal y de las cavidades torácicas, y un gran desarrollo de los males acabados en *itis*. Se ha observado que la mortandad fué mayor en los ancianos y personas débiles que en los jóvenes y robustos, y aconsejamos á nuestros lectores que para conservar la salud tomen buenos alimentos, duerman con tranquilidad y no se molesten con el trabajo.

*Despachos telegráficos.* — Paris 7, á las cuatro y tres minutos. — El emperador de la China ha dormido bien.

Viena 6, á las tres de la tarde. — El divan se prepara á resistir los golpes de la Puerta. — Espantoso incendio en Hacmaichsloff. — Desórdenes pacíficos en el desierto.

Lóndres 4. — El *Times* trae un artículo contra el rey de Uda.

Cádiz 8, á las once de la mañana. — La escuadra que conducía al pachá de Beyrout y al scheif de Damás con sus armadas ha naufragado, ahogándose todo el equipaje.

Peró basta por hoy de literatura, y hablemos de otra cosa. El día 5 recibió S. M. con toda ceremonia á los embajadores marroquíes. No hay que decir si las calles estarían llenas de gente curiosa por ver á los moros. A las cuatro de la tarde salieron estos del palacio de Buena Vista, dispuesto su acompañamiento en la siguiente forma:

Abria la marcha un piquete de la guardia civil de caballería; despues seguian tres coches con los presentes del emperador de Marruecos destinados á la reina, y escoltábanlos parejas de la misma guardia civil, y detrás marchaban conducidos del diestro por moros cuatro caballos, regalo tambien de aquel soberano. Aquí es donde los curiosos que poblaban la carrera empezaban á fijarse con mayor cuidado al ver asomar en una de las magníficas carrozas de palacio trajes morunos: eran los cuatro saides, secretarios de la embajada: seguiales un coche de respeto, y detrás de cuatro batidores de coraceros en otro iban Sidi-el-Hache-Ahmed-Eschebli-Ben-Ab-El-Mélec, tercer embajador; el jefe militar Sid-Mahamed-Emquesched; el secretario de la legacion de Tanger don José Diosdado, y el segundo comandante del vapor de guerra *Isabel II*, que condujo á España á los enviados, don Pedro Tineo. En el último coche veíase por fin á los dos primeros embajadores Sid-el-Hache-Abderramen-Eschárfi, y Sid-el-Hache-Muhdi-El-Bennéni, con el introductor de embajadores y el intérprete.

La guardia del real palacio hizo los honores de ordenanza á los marroquíes, que entraron en coche hasta el pié de la escalera, en la que fueron recibidos por el sumiller de corps con cuatro mayordomos de semana y los guardias alabarderos con música, con cuya compañía llegaron al salon destinado para esperar el aviso de SS. MM. Los reyes se colocaron en el trono, teniendo á la derecha los ministros y los grandes de España, á la izquierda la familia real y las damas, al frente la oficialidad de alabarderos y los mayordomos de semana, y en el fondo del salon las autoridades de Madrid y altos funcionarios de palacio.

Los embajadores entraron, anunciados antes por el introductor, y despues de hacer tres reverencias á la usanza de su país, el primero de ellos pronunció en árabe el siguiente discurso, leído luego en castellano por el ministro de Estado.

«Loor á Dios único. Solo su reino es eterno.

Os tributamos el debido homenaje, magnífica, reverenciada, honrada, ilustrada, entendida y preciada sultana, que con vuestra benevolencia tenéis esclavizados los corazones, y otorgais á quien os implora lo que suplica y anhela. Nuestro dueño y señor el bondadoso y magnífico sultan Sidi-Muhammed, al ocupar el trono del imperio de sus piadosos antepasados, recordando los medios que emplearon aquellos para afianzar el afecto y asegurar la amistad, particularmente su abuelo, el bienaventurado Sidi-Muhammed-Ben-Abd-Allah, que os envió por dos veces un embajador; y siguiendo las huellas de los hechos de aquellos, y en la seguridad de que toda ventaja consiste en semejante procedimiento, pues ha visto que esto produce la unión recíproca entre los dos gobiernos, y el afecto y la adhesión entre las dos naciones, me ha enviado á V. M. acompañado de mi comitiva con el objeto de renovar las relaciones entre vos, y asegurarse en todo lo posible vuestra benevolencia, de modo que esta aparezca en la mas firme base á los ojos de las próximas, así como á los de las mas apartadas naciones. Hé aquí en mis manos el augusto escrito que os dirige, en el cual pone en vuestro conocimiento que ocupais en su corazón espacioso sitio y principal lugar, y que el afecto de los padres lo han heredado los hijos.

Desde el día de nuestra entrada en vuestro reino no se ha cesado de obsequiarlos con espléndida hospitalidad, honrándonos y no permitiéndonos que careciéramos de nada. Seguros de que así se ha hecho por orden vuestra, os damos rendidas gracias.»

La reina contestó en los términos siguientes al discurso de Sid-Eschárfi:

«Señor embajador: acepto con mucha complacencia los sentimientos que acabais de expresarme en nombre de vuestro soberano, y me es en extremo grato saber que desea restablecer las relaciones que en tiempos no remotos cultivaron esmeradamente sus antepasados con algunos de mis augustos progenitores.

Borradas las huellas que abrieron, la amistad, apenas formada, se habia convertido en aversion ó desvío. No se conocian ya los dos pueblos, y el cielo quiso que se vieran en uno de aquellos momentos supremos en que desplegando sus altas cualidades, despues de combatirse acaban por estimarse.

La paz abre entonces vastos y magníficos horizontes á la inteligencia y actividad de las naciones para elevarse á un alto grado de prosperidad y grandeza.

Llegais pues en dias favorables para echar las bases de la amistad firme y duradera que ha de proporcionar á los dos pueblos tan deseados beneficios.

Habeis sido recibidos en todas partes con la noble y cordial espansion con que España responde siempre á las demostraciones de consideracion, de confianza y de afecto. Difícilmente hubiera podido elegir vuestro soberano representante mas digno, órgano mas fiel de sus pensamientos y deseos.

La mision que desempeñais dejará en mis pueblos permanentes recuerdos, y me lisonjea la esperanza de que al regresar de este país llevaréis á vuestro soberano, en la contestacion que dará á su escrito y en las impresiones de vuestras almas, la seguridad de nuestro aprecio, la confianza en nuestra amistad, la fe en nuestras palabras.»

Los embajadores pusieron en seguida sus credenciales en manos de la reina, y bajando SS. MM. del trono conversaron con ellos, siendo luego presentados á toda la familia real. En un salon inmediato vieron despues los reyes y la corte los regalos, que consistian en ricos tapetes, lujosas telas y almohadones de terciopelo bor-

dados de oro; y al retirarse la embajada la reina pasó á ver desde las galerías los cuatro caballos que estaban en el patio.

Los enviados marroquíes continuaron visitando lo mas notable de Madrid hasta el 13, y aquel dia por la noche tomaron el camino de su patria por el ferrocarril de Valencia, no habiendo podido visitar la Andalucía por hallarse enfermo el primero de ellos Sid-Eschárfi.

El viaje de la reina por las Baleares y Cataluña está durante setiembre suministrando diversion á los habitantes de aquellas provincias, que compiten á porfía en agasajar á los augustos viajeros, y largas descripciones á los periódicos. SS. MM. salieron de Madrid el dia 9 por la mañana por el ferro-carril de Alicante. Todas las estaciones estaban vistosamente engalanadas, y en todas esperaban las autoridades de los pueblos inmediatos y una multitud de gente con flores, dulces y palomas. Los reyes durmieron la primera noche del viaje en Albacete, y en Alicante, donde ya esperaba la escuadra régia, se embarcaron con direccion á Palma de Mallorca. El 12 hicieron su entrada en esta ciudad, que los recibió con el mayor entusiasmo. Recorriendo las calles cubiertas de colgaduras la reina visitó la catedral, los hospitales, varios conventos de monjas, y puso la primera piedra del monumento con que aquella municipalidad piensa perpetuar el recuerdo de la visita de su soberanía.

El siguiente dia, despues de un brillante besamanos presentáronse á los reyes varias parejas con lujosos trajes del país, ofreciéndoles frutas y flores y dos pintorescos vestidos de payeses para el príncipe de Asturias y la infanta Doña Isabel.

Fueron tambien visitados por la corte el castillo de Bellver, donde estuvo preso el célebre Jovellanos, y algunas haciendas particulares inmediatas á la ciudad, dirigiéndose á Mahon el dia 18.

Un suceso desagradable ocurrió el 20 á la salida de este puerto. Hallábase segun el parte la reina sobre el puente de la fragata *Princesa de Asturias*, cuando rompiéndose uno de los palos que sostienen el toldo, vino á dar en la cabeza de S. M. causándola tres heridas. La reina pudo retirarse por su pié á la cámara, y habiendo sido sangrada inmediatamente prosiguió el viaje sin novedad.

En Barcelona, donde llegó la escuadra el 21, el entusiasmo es extraordinario; arcos de flores, colgaduras, iluminaciones y una multitud que sigue á los reyes aclamándolos, se ven por todas partes. La reina ha recorrido las calles á pié viendo las iluminaciones, acompañada solamente de las autoridades, y la multitud se entusiasma al verla prorumpiendo en vivas y aclamaciones. Idénticas señales de afecto se oyeron cuando al concluir uno de los besamanos, la reina se presentó en el balcon alzando en brazos al príncipe de Asturias, y luciendo sobre la frente la corona conde de Cataluña. Fué preciso invitar al pueblo que nombrase comisiones, como lo hizo en seguida, para que subiesen á besar la mano á los reyes.

Visitando todo lo notable de aquella ciudad queda la corte al concluir setiembre, y se dice que para principios de octubre volverá á Madrid, aunque no se sabe si por Valencia ó Zaragoza.

El primer mes del otoño ha empezado á anunciar por algunos puntos la llegada del invierno de un modo algo brusco. En Madrid los gabanes salen á toda prisa, y la mayor parte de los habitantes de la Heróica Villa hablan en voz de bajo profundo gracias á la abundancia de constipados, mientras los sastres bailan de gusto al ver acercarse las prisas para abrigarse los parroquianos. Pero en otros varios puntos las copiosas lluvias han causado daños, llegando algunos rios á desbordarse de un modo imponente. Ejemplo de ello es el Segura, que el 19 inundando la fértil vega de Orihuela y esta ciudad llenó de consternacion á sus habitantes.

A las nueve de la noche, hora en que empezó lo fuerte de la inundacion, encontráronse la mayor parte de las casas invadidas por el agua y aisladas muchas familias sin poderse socorrer mutuamente. El pueblo entero pidió entonces que sacasen á su patrona la Virgen de Monserrat, segun se acostumbra en estos casos, y llegando á duras penas á la ermita el obispo, las autoridades y una multitud, sacan la imagen de entre las aguas, y arrojan segun costumbre desde uno de los puentes en el rio el ramo milagroso que lleva en la mano. A la una empezó el Segura á descender entrando en su cauce, pero quedando los alrededores convertidos en un lago. El obispo y las autoridades los recorrian á caballo, repartiendo pan y limosnas á los pobres labradores aislados en sus casas. Tan espantosa fué la avenida, que hubo iglesias en que las aguas cubrieron las mesas de los altares, y otras en que llegaron á la altura de cuatro varas.

En fin, armémonos de chanclos, paraguas y capa para ir alternando en su uso, y abonémonos á los teatros para las diversiones del helado invierno. ¡Qué de esperanzas concebidas en el verano vamos á realizar en él! Aunque lo mas probable es que en vez de realizarlas nos ocupemos en concebir otras para el verano. Pero todo divierte y todo ayuda á pasar esta vida miserable.

Y á propósito de ello y para concluir en columna estrecha, ¿me consentirán Vds. aquí una ANACREÓNTICA DE LAS DE ÚLTIMA MODA? Allá va, lectores carísimos.

#### MUSICOS Y DANZANTES.

Ya del mojado invierno  
Las largas noches llegan,

De bailes y teatros  
Trayendo la cosecha.

Venid del bello mundo  
Las pollas y las viejas  
Nadando entre la espuma  
De gasas y de sedas.

¡Qué de blancas espaldas  
¡Qué de gracias secretas  
Que á medias publicadas  
La otra mitad revelan!

Allí entre aquellos senos  
Envidia de pasiegas,  
A un duque rico y tonto  
Tal vez amor acecha.

Crepusculares ninfas  
Que allá por la carrera  
Los dones de himeneo  
Vais á ofrecer benéficas;

En apretado lazo  
Polkad á la alta escuela,  
O haced figuras púdicas  
En dulces habaneras.

Bailad, bailad alegres  
En salas mas modestas  
Donde hay mas caras guapas  
Si no mas ricas telas.

No es por amor al vicio  
Si aquí y allí se peca,  
Que es por buscar motivo  
Para hacer penitencia.

Marido y tres amantes  
Ostenta la condesa,  
Luciéndolos lo mismo  
Que aquel collar de perlas.

Y el conde á una modista  
Filántropo consueta,  
Mostrándola el camino  
Que acabe en la galera.

Seis novios entretiene  
La encantadora Elena,  
Hasta ver ¡pobrecita!  
Cuál guarda mas talegas.

¿Veis aquel literato?  
Silbaron sus comedias,  
Y en bailes y periódicos  
Hoy farsas representa.

Ya que abrió los salones,  
Abre al buffet las puertas,  
Sin proteger á Horacio  
Llamándose *Me-cenan*.

Agradecidos vientres  
Para elogiar se aprestan,  
Y zurcen gacétilas  
Que ilustrarán la prensa.

Bailad, sí; para bailes  
Vinimos á la tierra;  
¡Qué monos nos ponemos  
Los hombres dando vueltas

Bailad; y el amo luzca  
Sus salas y su mesa,  
Los hombres sus faldones,  
Carne y joyas las hembras.

Madrid 30 de setiembre de 1860.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

#### La vida.

#### SONETO.

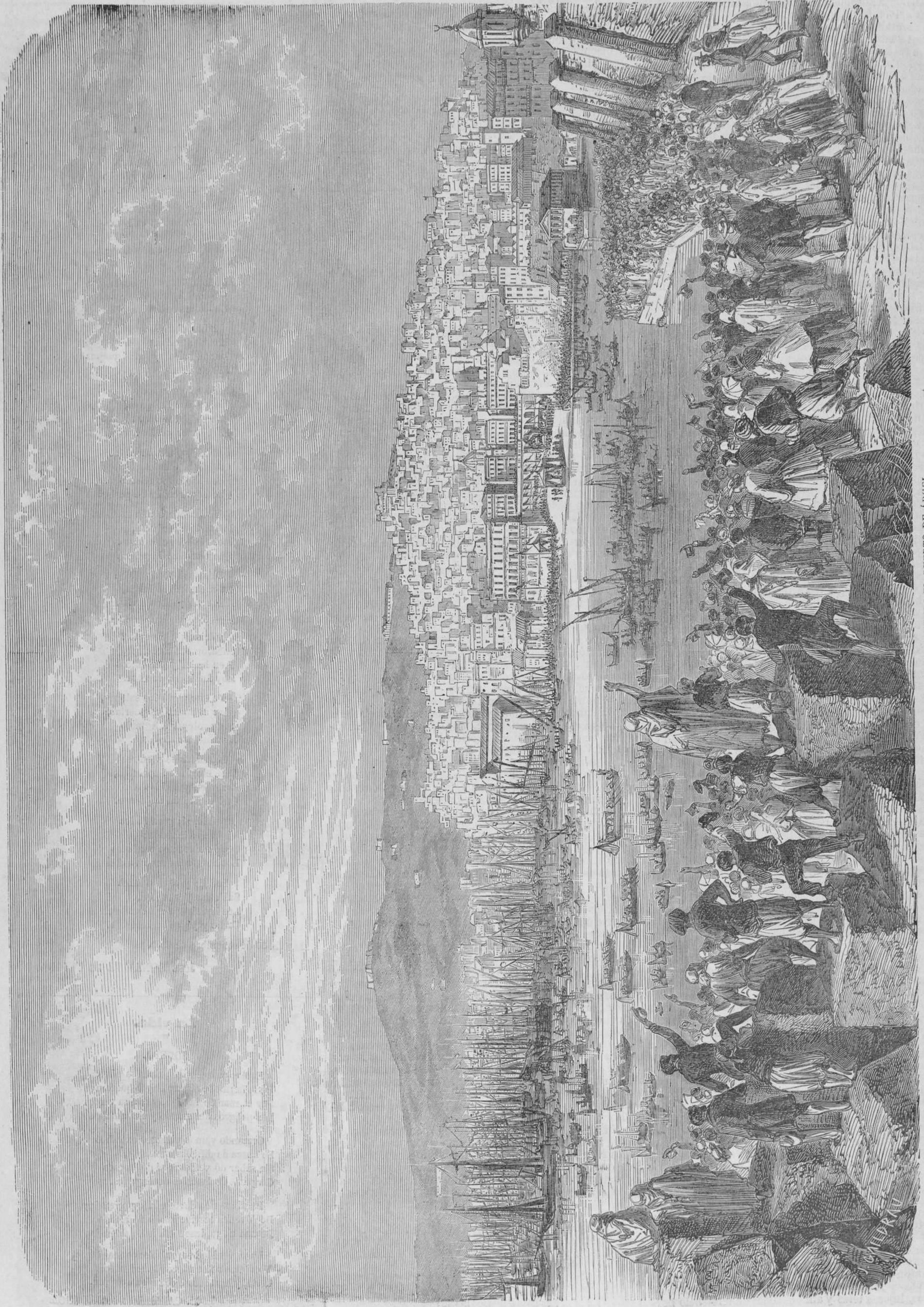
Lentos parecen los primeros años  
De la hermosa niñez; hogar queremos  
Por el mar de la vida, y nunca vemos  
Los peligros del mundo y sus amaños.

Cruzando vamos piélagos extraños  
En busca de difíciles extremos,  
Sin saber dó venimos ni dó iremos  
Cargados de funestos desengaños.

De niños nos devora la impaciencia;  
De jóvenes se vive haciendo alarde  
De una ciega, insensata inexperiencia;

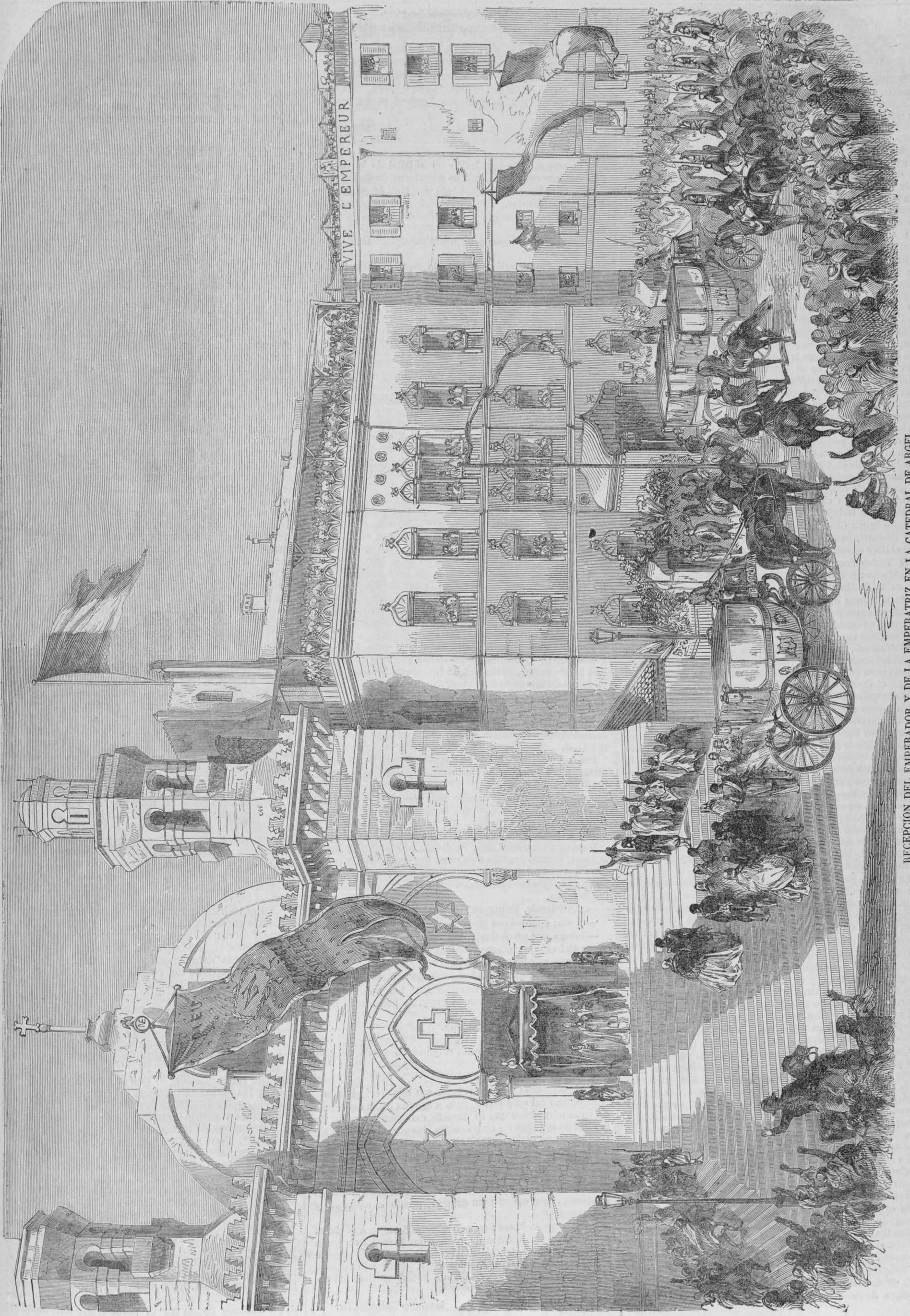
La ancianidad sorprende nos mas tarde,  
Y entonces nos parece la existencia  
Corta, y la amamos con afan cobarde.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.



VIAJE DE SS. MM. — DESEMBARQUE EN EL PUERTO DE ARGEL.

LEPOTU



VIVE L'EMPEREUR

RECEPCION DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ EN LA CATEDRAL DE ARGEL.

## Revista de Paris.

El invierno este año empieza pronto, ó mejor dicho, las diversiones de invierno, pues este se puede decir que ha continuado desde el año último, con leves interrupciones que no merecen el nombre de verano. Así las primeras funciones del Teatro Italiano están concurridas como en diciembre, y la *Sonámbula* y el *Trovador*, las dos óperas que se han hecho hasta hoy, han obtenido una acogida favorable. En la primera nada tenemos que indicar; la cantatriz francesa Mlle Battu ha sido aplaudida por sus amigos, y en la segunda, la Penco y la Alboni han obtenido un triunfo mas desinteresado. Al cabo los parisienses van comprendiendo la gran inteligencia musical de la Penco, su sentimiento, su pasión, su energía en ese papel de Leonor escrito para ella por el maestro Verdi; en cuanto á la Alboni nada podemos decir que no hayamos dicho ya: es la perfección suma.

En el *Trovador* ha salido por primera vez en Paris un tenor de gran fama en Italia, Pancani, que se había ajustado en Nápoles para este invierno, y que ha preferido pagar una indemnización al empresario antes que cantar ante un público ocupado actualmente en cuestiones de mas trascendencia que las de juzgar el mérito de los cantantes. Pancani es un tenor de fuerza, que como Tambrlick, con quien le comparan, arrebató al público con explosiones de voz de una energía extraordinaria; pero le falta mucho para llegar á la maestría de este último en su sistema de canto, así como no le iguala tampoco en facultades. Sin embargo, el haberle oído una vez no es suficiente para juzgarle con acierto; nuestros lectores habaneros le podrán conocer mejor que los parisienses, pues según dicen, forma parte de la compañía que se ha reunido este año para el teatro de la Habana.

Los teatros parisienses preparan muchas novedades para este invierno: en el del Vaudeville se está ensayando una producción de M. Octavio Feuillet que hemos insertado en las columnas de nuestro periódico, titulada *Redención*, de la cual se promete la empresa un éxito igual al de *Dalila*; para su ejecución se han contratado varios cómicos designados por el autor que trabajaban en otros teatros.

En la Opera Cómica se pondrá en escena una obra del señor Barbieri, uno de los fundadores de la zarzuela en España; el libro ha sido compuesto en francés por don Luis Olona.

El Teatro Francés dispone dos comedias de autores de nombradía: *la Consideración*, de M. Camilo Doucet, y *la Gastaña*, de M. E. About.

En la Puerta de San Martín no se ha esperado al mes de octubre para solicitar la atención del público con una obra que casi es también una novedad para la generación presente; es nada menos que la famosa *Pata de cabra*, en francés *Pied de mouton*, que ha dado la vuelta al mundo traducida en todas las lenguas, y que quizá viene á morir definitivamente en el teatro que la dió vida. Las decoraciones son asombrosas, y el decir esto de las decoraciones es el mayor elogio que se puede hacer de una comedia de este género.

No hemos concluido aun con los teatros; ahora vamos á dar algunos detalles sobre las nuevas construcciones que se levantan en Paris con destino á salas de teatro. Desde luego los dos edificios de la plaza del Chatelet presentan ya la mezquindad característica de todos los teatros parisienses. El Teatro Lírico contendrá 1,800 puestos; el Circo Imperial será algo mayor, tendrá capacidad para 3,000 personas.

Esperamos las primeras noticias sobre la construcción del de la Opera en una plaza nueva que se abre enfrente de la calle de la Paix; pero casi nos atreveríamos á asegurar que no brillará este nuevo teatro entre los mas grandiosos del mundo, al menos en cuanto al espacio en las localidades, primera comodidad que excepto en Paris se exige por el público en todos los teatros del mundo.

La semana pasada se ha abierto en el bosque de Boulogne un gran establecimiento que hacia falta en Paris, un jardín zoológico de aclimatación. Mucho tiempo y mucho dinero se han gastado para llevar á buen fin esta empresa grandiosa.

El sábado último el emperador hizo su inauguración en presencia de un crecido número de personas notables en las ciencias, las artes y la sociedad parisiense.

Este magnífico establecimiento ocupa veinte hectáreas del bosque de Boulogne, y se extiende de la puerta de Neuilly á la de Sablons: encierra doce parques donde viven en toda libertad los mamíferos mas raros; un apartado de aves y de pájaros donde se encuentra la mejor colección de faisanes que pueda verse, y un aquarium donde pasan á la vista del público los peces marítimos mas particulares.

Este jardín se halla perfectamente dispuesto: á los primeros pasos que se dan al entrar en él, se descubre un horizonte vastísimo; parece que el espectador se halla en medio de la campiña de un aristocrático palacio inglés. Los grupos de árboles, los lagos, un riachuelo que serpentea graciosamente, y en el cual se bañan las aves acuáticas mas singulares; las construcciones, de arquitectura y aspecto risueño, los puentes, los canastillos de flores, todo esto forma el conjunto mas encantador que puede darse.

Ya que estamos hoy de noticias, vamos á terminar esta colección de ellas diciendo que está á punto de abrirse en Paris un gran casino que se titulará: «Círculo de la union artística.»

Su organización está casi completa en la actualidad. El círculo cuenta hoy cerca de quinientos suscritores, entre los cuales figuran las notabilidades mas brillantes de la sociedad parisiense: tiene de presidente al príncipe Poniatowski, y de vicepresidentes á MM. Charles Gounod, al príncipe Alphonse de Polignac y al conde Melchior de Vogué.

El círculo acaba de formar tres comisiones distintas, de literatura, de pintura y de música.

La comisión literaria se ha asegurado el concurso de muchos profesores que hablarán alternativamente sobre asuntos variados.

La comisión de pintura prepara una exposición permanente de cuadros antiguos, y una galería de obras de la escuela moderna que se venderán á beneficio de los autores.

La comisión de música ha tratado con varios artistas, principalmente con MM. Armingaud y Jacquart para una serie de conciertos.

La inauguración de esta gran sociedad tendrá lugar en enero próximo. Un magnífico concierto debe contribuir á la solemnidad de la apertura.

El círculo se halla establecido en el hotel de la calle de Choiseul que ocupaba la casa de novedades de M. Delisle.

La galería lateral en el piso bajo y el jardín forman parte de sus dependencias.

La cifra de las suscripciones realizadas ya pasa de 78,000 francos.

Hé aquí los nombres de los miembros que forman las tres comisiones:

La comisión literaria: MM. Emile Augier, Mario Uchard, Merimée, Octave Feuillet, príncipe Alphonse de Polignac (presidente), Camille Doucet, Theophile Gautier, Elie Cabrol, de Saulcy, príncipe Camille de Polignac, Turgan, Loison, Edouard Delessert.

Comisión de pintura, arquitectura, escultura, grabado, etc.: MM. el conde Melchior de Vogué (presidente), Jerome (pintor), Hebert (pintor), Davioud (arquitecto), Maurice Cottier, Penguilly L'Haridon, vizconde Robert du Manoir, Jouffroy (escultor, del Instituto), Eugene Fromentin (pintor), Jauvain d'Attainville, du Sommerard, Troyen, Theophile Gautier.

Comisión de música: MM. Auber (presidente), Membree (vicepresidente), conde de Osmond (vicepresidente), Charles Gounod, príncipe de Metternich, príncipe Camille de Polignac, Jules Cohen, Halevy (del Instituto), general Mellinet, Lefebvre-Vely, Richard Wagner, Jules Coste.

Este círculo está llamado á ser una de las principales reuniones en una ciudad como Paris, donde las letras y las artes tienen tantos admiradores.

Vamos á concluir con una triste anécdota.—En las márgenes del Moselle á dos pasos de la frontera prusiana, existe un antiguo castillo cuya situación es verdaderamente notable. Dando un rodeo de media legua en torno de la colina en cuya cumbre se levanta el edificio, se pone el pié sucesivamente en Francia, en Bélgica, en Prusia y en el Luxemburgo.

Esta pintoresca habitación pertenecía hace pocas semanas á una jóven que despues de las muchas vicisitudes de una corta existencia, acaba de morir bien lastimosamente. Un redactor del diario francés *la Patrie* comunica al cronista del periódico los detalles de esta muerte funesta, tales como los ha recibido en una carta particular.

«Cuando vinisteis el año último, dice la carta, á pasar algunos dias aquí, recordareis que os hablamos varias veces de una jóven vecina, Ernestina de L..., cuya historia parecia una pura ficción de una novelista.

A los diez años (y entonces no tenia mas de doce), Ernestina era una pobre obrera de Metz, su lugar patrio.

Sus padres se hallaban en la miseria, y cuando murieron Ernestina entró en casa de una modista que la hacia muy desgraciada.

Pero un dia vino á morir un hombre que era tío de Ernestina, hombre desconocido enteramente, y que solo cuando falleció fué útil á la jóven.

Su sucesión cambió el destino de la obrera. Ernestina tomó maestros, se aprovechó de sus lecciones, y en breve adquirió una instrucción regular, que unida á su belleza y á su corazón bondadoso, hacia de ella una jóven apreciablesima.

Hace una semana á las doce del dia nos levantábamos de la mesa, cuando Ernestina entró en nuestro comedor en un traje que nos sorprendió mucho. No traía ni pañuelo ni sombrero: sus ojos estaban encendidos y el rostro encarnado como la grana.

— ¿Qué teneis, Ernestina?

— Nada; ¿porqué esa pregunta?

— Parece que estais trastornada.

— ¡Ah! veo que os sorprende mi traje; no tengais cuidado; es que voy buscando á Paquita.

Era el nombre que Ernestina había dado á su cotorra.

Paquita, á quien quería con delirio, se había escapado, y tratando de cogerla de zarza en zarza, la pobre niña había llegado hasta nosotros.

— Paquita no está lejos de aquí.

— ¿Dónde está?

— En el molino del valle.... si quisierais ayudarme á cogerla...

— Seguramente, allá vamos.

Y al punto nos dirigimos al lugar que ella nos designaba.

El molino del valle está situado á la orilla de una corriente de agua muy rápida que se despeña del monte cercano. En la falda de la colina las aguas contenidas por unas compuertas forman un golfo negro de una profundidad muy grande.

Nos acercábamos á ese precipicio, cuando Ernestina lanzando un grito de júbilo, partió como una flecha á coger la cotorra que estaba entonces sobre una de las zarzas que ocultan el abismo; pero la carrera que había tomado fué tan impetuosa, que dió un paso de mas, perdió el equilibrio y desapareció.

Nada se pudo hacer: cuando sacaron del agua á la jóven, era ya cadáver. El autor de la carta que hemos extractado habla de sus muchos esfuerzos para arrancar á la muerte aquella presa, esfuerzos inútiles todos, y que estuvieron á punto de causar la desgracia de una de las personas que los intentaron.

MARIANO URRABIETA.

## FERRO-CARRILES.

## Nuevo material articulado

DE M. EDMOND ROY,

QUE PERMITE EL FÁCIL Y SEGURO PASO EN CURVAS DE PEQUEÑOS RADIOS Y FUERTES PENDIENTES Á GRAN VELOCIDAD.

El ingeniero francés M. Ed. Roy, conocido por varios notables escritos y como hábil constructor de caminos de hierro en el trascurso de muchos años, acaba de dar á conocer su inapreciable sistema de material articulado con las experiencias, á que hemos tenido el gusto de asistir, verificadas en Vitry ante muchas de las primeras capacidades científicas en semejante materia, y de comisionados especiales del emperador y ministro de Obras públicas: experiencias que nada han dejado que desear, y que, por tanto, han sido coronadas del mejor éxito que se pudiera esperar, mereciendo la aprobación de cuantas personas las presenciaron y aun tomaron en ellas parte activa.

Terminados los trabajos teóricos que resuelven de un modo tan preciso el problema de que M. Roy se ha ocupado sin descanso durante cuatro años, y habiendo conseguido hacer con feliz éxito los primeros ensayos prácticos con una locomotora y dos wagones en escala de 1/10, que llamaron la atención del emperador de los franceses, halló en seguida protección en el ánimo de S. M. que, convencido de la utilidad de tan interesante invento, abrió á favor de M. Roy un crédito de 100,000 fr. para que por los talleres de la compañía de Orleans se hicieran una locomotora, 10 wagones y un trozo de camino de hierro en forma de 8 con radios de 200<sup>m</sup> en el cruzamiento y 80<sup>m</sup> en las curvas de mas amplitud. Es así como, al cabo de poco tiempo, hubo de conseguir el autor llegar al triunfo tan completo que ha obtenido su muy recomendable sistema, y que á juzgar por él y los excelentes resultados que separadamente han certificado los ingenieros jefes del material en las líneas de Alicante, Burdeos y otras, despues de recorridos miles de kilómetros con varios de estos wagones, será el sistema Roy preferido con mucho al ordinario por las inmensas ventajas económicas y otras mas que ofrece.

En las experiencias de Vitry la locomotora tenia 8 ruedas acopladas, pesando 46 toneladas ó 12,000 kilóg. próximos sobre cada eje: los 10 wagones, de 6 ruedas acopladas, llevaban la carga de 12,000 kilóg. cada uno; haciéndose el atelaje por un sistema particular de que luego se dará una idea.

Estos wagones habían servido ya sin accidente de ninguna especie en los caminos de Paris á Orleans y Burdeos durante tres meses para el transporte de mercancías.

El camino preparado para la prueba tenia, como ya se ha dicho, la forma de un 8, con radios de 200<sup>m</sup> y 80<sup>m</sup> y un desarrollo de 1,40<sup>m</sup>. El declive de los carriles era de 15 centím., término medio próximo del que corresponde á las velocidades de 40 y 30 kilóm., ó sea el que correspondería á 35 kilóm. de velocidad, que es la máxima á que ordinariamente suelen llegar los trenes de mercancías.

Puesta la máquina en movimiento, bien pronto la vimos adquirir la velocidad de 45 kilóm. por hora, y aun 50 kilóm. en ciertos momentos, sin que se notase trepidación, balance ni movimiento alguno en los wagones, que hiciera conocer había rozamientos ó esfuerzos que vencer en tales ó cuales puntos del trayecto. En la segunda prueba subimos todos á un wagon y la máquina, en cuya carrera, á igual velocidad que anteriormente, no se notó sacudimiento de ninguna especie, ni el movimiento apareció menos suave que si la distancia recorrida hubiera sido en línea recta. La máquina y tender obedecieron fácilmente á la presión del freno, sucediéndose la parada en cualquiera punto del camino sin la menor novedad en el material y carril, ni dejar los ejes de las ruedas de permanecer un solo instante en posición normal á las curvas, y por consiguiente sin trabajo ni rozamiento alguno por parte del reborde. Debe además advertirse que el camino, como provisional y de una sola vía, carecía de todas las buenas condiciones que tienen los de líneas explotadas, cuyos terraplenes gozan de mas perfecto asiento, y cuyas traviesas están mas encajonadas y sujetas por el mismo terraplen.

Segun este resultado, lo que se sabe del material rígido, y la opinión de todos los ingenieros mas célebres entre los que asistieron á la prueba, no hay ó no debe haber inconveniente alguno en adoptar con semejante material curvas de menores radios, aunque lleguen estos á 60<sup>m</sup>. Pero seguro puede estarse que con el de 80<sup>m</sup> y la pendiente de 20 por 100, á que llega la fuerza de esta locomotora, se podrán subir fácilmente las montañas de faldas mas inclinadas, ahorrándose así en su mayor parte el inmenso gasto que producen las grandes obras de fábrica, como túneles y mayores viaductos.

Analizado el actual material de ruedas, se verá que, despues de tantos años que llevan de práctica los caminos de hierro, lejos de progresar en semejante materia, parece hemos tenido empeño en quedar en la infancia del arte, sin atrevernos á salir ni dar un paso mas allá de lo hecho por nuestros padres en los tiempos mas primitivos. Efectivamente, el material rodado que sirve hoy dia en todos los caminos de hierro, material llamado rígido por el paralelismo constante de

los ejes, no es otra cosa que un armazon montado sobre dos ejes de hierro, á cuyos extremos están las ruedas solidariamente unidas á ellos, sin poder tener otro movimiento aquellos y estas á la vez que el de rotacion al rededor del eje matemático siempre perpendicular á la direccion del wagon. Resulta de esta disposicion que en el momento de pasar un tren rígido de la línea recta á la curva, el cuadro invariable de las ruedas se lanzará en aquella direccion, tendiendo á hacer descarrilar las ruedas delanteras segun la tangente en virtud del movimiento impreso: descarrilamiento que infaliblemente podrá tener lugar si falta resistencia en los carriles sobre el reborde de las ruedas, ó bien si el salto ó trepidacion que estas experimentarán en virtud de esta misma resistencia y la poca flexibilidad del material es bastante pronunciado en términos que el reborde salga por cima del carril. Debe tenerse en cuenta igualmente que la potencia motriz gasta un gran esfuerzo en vencer estas resistencias, cuyo efecto en último caso es contrario á la conservacion del material fijo y móvil. Es por esto que las curvas máximas que un material rígido puede recorrer sin gran peligro, contando con el corto desvío lateral que permiten las ruedas por medio del juego dejado en cada uno de los cojinetes, son las de radios de 500 á 450<sup>m</sup>; quedando así obligados en las trazas de caminos á desviarse lo menos posible de la línea recta, y por consiguiente á ejecutar en un pais accidentado grandes desmontes y terraplenes, y multitud de obras de fábrica que aumentan de un modo exorbitante el precio de primera construccion.

Si por el contrario, se procura dar á los ejes cierto movimiento que permita mantenerlos siempre en situacion normal á curvas de pequeños radios, el movimiento de traccion se operará en ellas con iguales condiciones que en la línea recta; empleándose sin temor ni peligro alguno todo el efecto útil de la máquina en el curso uniforme y rápido del tren. Tal es el fin que se ha propuesto M. Roy con su sistema, y tal el que hace catorce años consiguió M. Arnoux con el suyo, de que se hizo una feliz aplicacion en el proyecto ejecutado por el acreditado ingeniero de España don Ildefonso Cerdá en el camino de hierro de Granollers á San Juan de las Abadesas: proyecto que, no obstante el aumento de 24 kilóm. en el trayecto, comparado con el que primero hizo aplicando el sistema rígido, ofrecia sobre 144.000,000 de reales una economia de mas de 43.000,000, ó sea cerca de la tercera parte. Hay, sin embargo, en el sistema de M. Roy la ventaja de la sencillez y la muy apreciable de no alterar apenas el sistema rígido, puesto que no obstante de proponer 6 ruedas acopladas por cada wagon y quebrado el eje del medio, pueden bastar al efecto que se desea producir las 4 que llevan los carruajes ordinarios, con tal de cambiar el cojinete existente por la caja de cojinete de corredera oblicua; es decir, de un cojinete facultado á resbalar horizontalmente dentro de la caja de grasa en sentido inclinado á la longitud del wagon.

Estas cajas obligan efectivamente á hacer converger los ejes segun los radios de las curvas; con lo cual, y dando mas ó menos conicidad á las llantas de las ruedas, ó dejando libres las del medio (cuando el wagon tenga tres pares), se completará la idea permitiendo que cada una de las ruedas del mismo eje se desarrolle segun el espacio que deba recorrer sobre cada carril. El autor, no obstante, propone como mas seguro hacer el eje del medio en dos partes, entrando el muñon de la una en una caja que lleva la otra, y quedando así con facultad de girar segun la cantidad de movimiento que sea precisa para completar la convergencia del eje.

En la descripcion que hace M. Roy de las cajas de grasa y cojinetes oblicuos, presenta tres disposiciones diferentes, si bien con la primera queda perfectamente resuelto el problema, como lo han demostrado las experiencias en pequeña y grande escala, sin temor que por la facilidad que tienen los ejes extremos de variar de lugar inclinándose á derecha ó izquierda, segun el sentido de la curva, resulte demasiada accion en el movimiento lateral, y por consiguiente facilidad de descarrilar.

Esta primera disposicion consiste en dejar á los ejes extremos de las ruedas la facultad de resbalar con sus cojinetes, quedando el del medio fijo como en el sistema rígido, con el objeto de servir de punto de apoyo que obligue al movimiento de los otros ejes en el instante de entrar en una curva.

Los ejes son todos de igual longitud, á fin de que su fijeza ó movimiento sea uno mismo en ellos. La oblicuidad de los cojinetes de los ejes extremos es de 45°; y como se hallan colocados aquellos en sentido inverso unos respecto de otros, resulta que al resbalar dentro de sus cajas de grasa, los extremos de los ejes se separan entre sí exteriormente á la curva reunida, al paso que interiormente se aproximan; pasando en este movimiento del paralelismo, cuando se marcha en línea recta, á la situacion convergente luego que el camino es curvo; conservando siempre los tres ejes la normalidad debida.

Al resbalar los cojinetes en sus cajas de grasa lo hacen siguiendo una trayectoria recta ó curva segun sea la proyeccion de las caras verticales de aquellas: en el primer caso los cojinetes marchan paralelamente á sí mismos, al tiempo que los ejes toman oblicuidades que pueden llegar á 2° si la separacion de estos es bastante sensible. De aquí resulta que al entrar el wagon en una curva, los ejes matemáticos de las ruedas y los de los muñones no se hallarán en un mismo plano vertical, obrando entonces el cojinete como curva dentro de la caja de grasa. Para los wagones ordinarios

es de poca ó ninguna consideracion este defecto; pero si (como es conveniente evitarle en las locomotoras) quiere hacerse desaparecer, no habrá mas que trazar en arco de círculo la trayectoria. El centro se determinará levantando dos perpendiculares á las trayectorias rectas en los puntos en que ellas cortan el eje del muñon.

Se puede dispensar la trayectoria curva y mantener la recta disponiendo el cojinete en dos partes, una la pieza que resbala y otra el cojinete en forma de rótula, que siga las inclinaciones diversas que tome el muñon.

Las otras dos disposiciones de cojinete oblicuo no ofrecen en la práctica mas ventajas que la de la acabada de describir. En la primera de estas dos últimas el cojinete móvil existe en el eje central, en forma de cuña, de que la parte mas ancha es la interior. A derecha é izquierda tiene unidos tirantes que resbalan longitudinalmente entre dobles placas de guarda sobre el bastidor del carruaje; las cuales, unidas á su vez á las cajas de los ejes extremos, que se hallan montados en cojinetes fijos de rótula, imprimen á estos el movimiento angular que adquieren al paso de una curva, quedando así obligados á tomar la posicion normal á la misma. La otra disposicion difiere de esta en que los cojinetes existen sin oblicuidad al interior de las ruedas, y en que los tirantes de trasmision van diagonalmente de un extremo del eje del medio al opuesto de los laterales; reemplazándose por ellos la oblicuidad de los cojinetes. De aquí resulta un rectángulo articulado cuyas diagonales obligan en un cambio de posicion de ejes á hacer perder á estos su paralelismo, y por consiguiente colocarse en direccion normal á la vía.

La aplicacion de los cojinetes de corredera es independiente del número de ejes del vehículo, que puede tener á voluntad 2, 3, 4 ó 5. Las cajas de grasa pueden colocarse interior ó exteriormente á las ruedas. M. Roy piensa que para vías de 1<sup>m</sup>, 5 será mejor colocarlas exteriormente, y al contrario para las de 1<sup>m</sup>, 7 á 1<sup>m</sup>, 8.

**Topes y amarros.** — El sistema de amarra ó atalaje puede ser el mismo que el empleado ordinariamente para los trenes rígidos; pero á fin de obviar el inconveniente que ofrecerian los dos topes laterales en el paso de curvas de pequeños radios, presenta el autor otra ingeniosa disposicion, consistente en un solo tope central sobre el eje del wagon, que á la vez sirve para los choques y traccion, prestándose muy bien á la vuelta independiente de cada carruaje sin movimiento ni oscilacion lateral. Este tope central se apoya para el choque sobre el resorte que le es mas inmediato en el bastidor, y ejerce la traccion por medio de los vástagos que van hasta el resorte opuesto. Su forma es la de un semi cilindro vertical en cuyo vástago existe un anillo con cuatro orejas que tienen libertad de girar al rededor de su eje: de este modo, cuando se han de unir dos wagones, se presenta en la parte superior del cilindro un collar que lleva tambien consigo otro anillo, y dejándole caer abraza los dos topes á la vez: lo propio se hace con el collar inferior, y ambos se sujetan con un pasador que atraviesa las orejas entre que caen las que llevan los expresados collares. La rigidez de estos impide todo género de sacudimiento al principio y fin de la marcha; y el tener su diámetro interior un poco mayor que el del cilindro que componen los dos topes opuestos hace que estos no se toquen y queden naturalmente en libertad de moverse en cualquier sentido.

Para las máquinas locomotoras con su tender (que pueden tener 4 ó 5 pares de ruedas acopladas) dispone el autor los dos ejes del medio con cojinetes fijos, unidos exteriormente con las bielas motrices, que transmitirán el movimiento á los otros ejes situados bajo el tender y caldera, por medio de otra biela colocada en su medio. A semejante fin estos ejes serán acodados en su union á la biela.—El marco será doble, y los cilindros exteriores y sujetos al marco.

Estas máquinas, que cargadas tendrían un peso de 45 á 60 toneladas, podrán remolcar 200 ó 300 toneladas sobre una pendiente de 20 por 100 con velocidad de 20 kilóm. por hora á una tension del vapor de ocho atmósferas. Cuando son de cinco pares de ruedas, el gran peso que tienen queda repartido en cinco puntos, y por consiguiente no habrá necesidad de hacer los carriles tan pesados como lo exigen las locomotoras de cortas dimensiones, puesto que en este caso toda su gran carga existe sobre dos ó tres puntos próximos.

Habida cuenta de todo lo que el autor ha demostrado en su teoría, los resultados de sus cálculos comparativos y los informes y opiniones que en la práctica y pruebas ha merecido este sistema de todos los hombres mas competentes en la materia, resultan las ventajas siguientes:

- 1<sup>a</sup> Evitarse los casos de descarrilamiento en las curvas, por causa del paralelismo de los ejes en el material rígido.
- 2<sup>a</sup> Facilidad de emplear sin peligro alguno curvas de 100<sup>m</sup> y 80<sup>m</sup> de radio.
- 3<sup>a</sup> Economizar un 50 por 100 en los gastos de construccion de caminos de hierro por terreno montañoso.
- 4<sup>a</sup> Reduccion del peso muerto que transporta.
- 5<sup>a</sup> Disminucion de la resistencia á la traccion y del desgaste de las ruedas por la combinacion de los ejes quebrados y cojinetes de corredera.
- 6<sup>a</sup> Posibilidad de construir locomotoras tan ligeras como lo permita su potencia para subir grandes rampas, utilizando de una manera absoluta el peso de todo el aparato motor.

Hay, en fin, la cuestion de interés público; puesto que se podrán crear líneas baratas que sirvan para unir entre sí los centros alejados de las grandes arterias, estableciéndose así el equilibrio comercial, industrial y estratégico y permitir el mayor desarrollo de riqueza pública. »

Paris 28 de setiembre de 1860.

N. VALDES,

Teniente coronel de ingenieros de España.

### Viaje del emperador.

El 13 por la noche SS. MM. se embarcaron en Niza para Ajaccio, donde arribaron el 14 al medio dia, y fueron recibidas por las autoridades del departamento entero, y el alcalde, segun costumbre, entregó al emperador las llaves de la ciudad. El senador señor Pietri presentó al consejo general, y en una sentida alocucion se hizo intérprete de la adhesion inalterable de este pais, cuna de la dinastía napoleónica.

El 15, á las diez de la mañana, volvieron á bordo del *Aigle*, y escoltadas por una escuadrilla hicieron rumbo para la Argelia.

El 16 arribaron SS. MM. al puerto de Mahon inopinadamente, preguntaron si se hallaba en esta ciudad la reina Isabel, que estaba recorriendo entonces las islas Baleares, y habiéndole contestado que todavía no habia llegado, dejaron una carta para la reina de España y prosiguieron su viaje.

El 17 entraron en el puerto de Argel á la hora designada en el itinerario, no obstante de que la travesía habia sido algo contrariada por el temporal. Fueron recibidas por el ministro de la Argelia y de las colonias, el general Martimprey, comandante en jefe de las fuerzas de mar y tierra, y las autoridades de la colonia, mientras los fuertes y los buques fondeados en la rada hacian las salvas de ordenanza. Toda la carrera, desde el puente hasta la catedral, la encontraron SS. MM. cubierta por los escuadrones de spahis y los agás y caids á la cabeza de sus goums. Despues de los recibimientos oficiales, etc., supieron la llegada de S. A. el bey de Tunes, que venia á visitar al emperador, y á medio dia fué recibido por SS. MM. Aunque se esperaba tambien á uno de los hermanos del emperador de Marruecos, no pudo, segun parece, llegar á tiempo.

El 18 el emperador y la emperatriz pusieron la primera piedra del magnífico boulevard que va á dotar á la ciudad de un paseo largo tiempo hace deseado, creando á la vez una arteria industrial de gran porvenir. Esta bella vía pública se llamará *boulevard de la Emperatriz*. Un concurso inmenso de poblacion francesa é indígena, ávida de contemplar las facciones del emperador y la emperatriz, daba á esta ceremonia un carácter tan patético como pintoresco.

Durante el mismo dia, SS. MM. fueron al Arach, punto situado á la entrada de la llanura de la Mitidja, para asistir á la fiesta árabe mas espléndida que puede ser dada. Bajo la hábil é ingeniosa direccion del general Yusuf, reuniéronse en la llanura para rendir homenaje al emperador numerosos contingentes de infantes kabilas y de jinetes de las tres provincias, mandados por sus respectivos agás y caids. Despues de un simulacro de combate de tribu á tribu; despues de una fantasia de unos diez mil jinetes precipitándose al triple galope y descargando sus armas delante de la tienda de SS. MM.; despues de una carga magnífica de doce escuadrones de spahis que atravesaron la llanura como un huracan; despues de las justas, las cazas á la gacela, al avestruz y al halcon; despues del desfile de los tuaregs, con el rostro velado y montados sobre sus camellos, y de los chambaas, estos habitantes de las profundidades del desierto, llamados á convoyar en un porvenir quizás no muy lejano el comercio de la colonia con el Sudan; despues, en fin, del espectáculo mas espléndido que pueda verse en tierra africana, todos los goums formaron una inmensa línea de batalla y fueron aproximándose majestuosamente, con las espingardas levantadas y las banderas desplegadas, hasta la eminencia donde se hallaba la tienda del emperador.

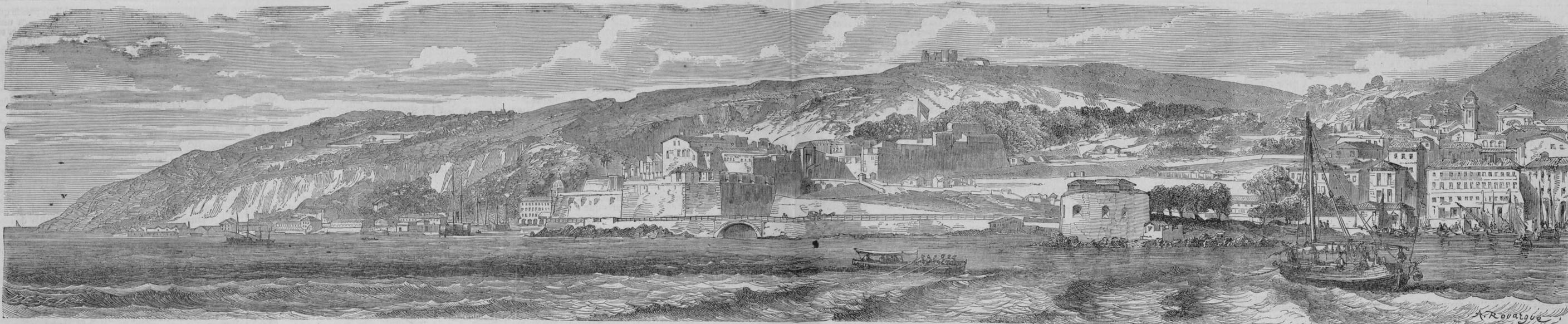
Entonces echaron pié á tierra los jefes y vinieron todos juntos á presentar el caballo de Gaada, adornado con un caparazon de oro, y á hacer acto de sumision al soberano de la Francia. Hacian este momento tan solemne la grandeza del teatro y el aspecto guerrero de estos enemigos de ayer, cuya prolongada resistencia tanto ha glorificado á las armas francesas, que era visible la emocion del emperador y de cuantos le rodeaban. S. A. el bey de Tunes asistia á esta ceremonia.

Por la noche, la ciudad ofreció un gran baile á SS. MM., pero solo el emperador asistió á él, pues la emperatriz estaba muy afligida con las noticias alarmantes que se habian recibido aquel dia sobre el estado de su hermana la señora duquesa de Alba.

El 19 asistieron SS. MM. á la magnífica revista de las tropas de las tres provincias. S. A. el bey de Tunes acompañaba al emperador, y terminada esta ceremonia, se despidió de SS. MM. para volver á Tunes.

En el banquete ofrecido á SS. MM. aquella noche por la ciudad, respondiendo el emperador Napoleon al discurso que le dirigió el presidente del consejo general de Argel, se expresó en estos términos:

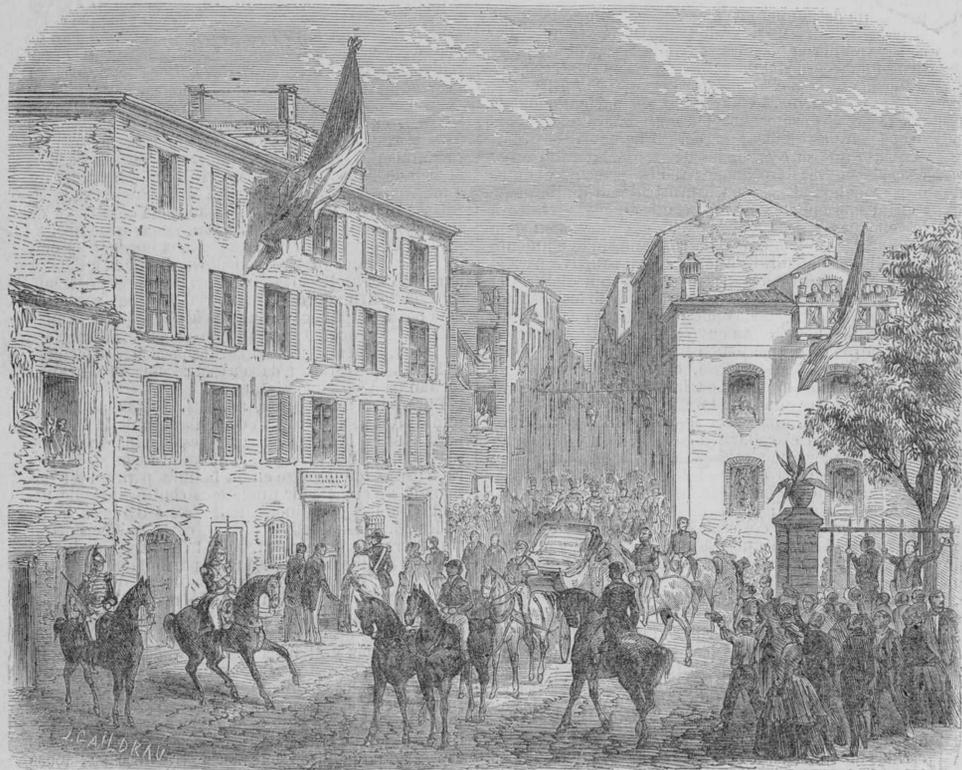
« Mi primer pensamiento, al desembarcar en el suelo africano, se dirige al ejército cuyo valor y perseverancia han realizado la conquista de este vasto territorio. » Pero el Dios de los ejércitos no envia á los pueblos



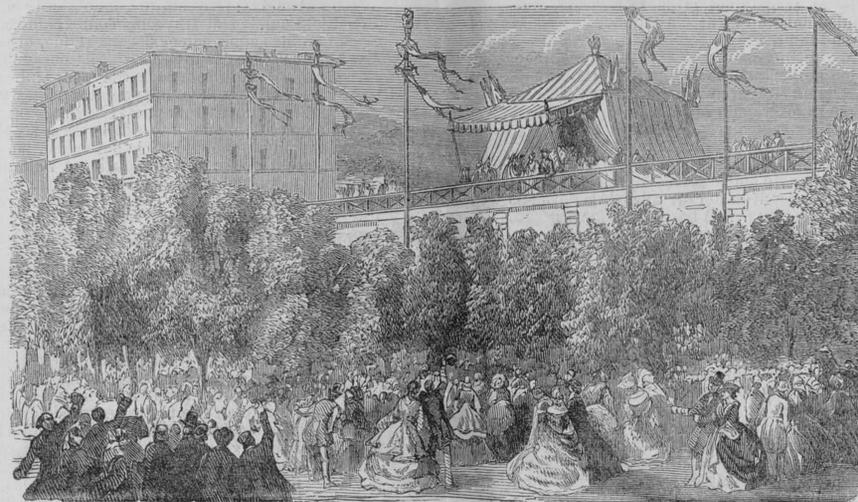
VIAJE DE SS. MM. — EL PUERTO Y LA CIUDAD DE VILAFRANCA.

el azote de la guerra mas que como castigo ó redencion. En nuestras manos la conquista no puede ser sino una redencion, y nuestro primer deber es ocuparnos de la felicidad de los tres millones de árabes que la suerte de las armas ha colocado bajo nuestra dominacion.

»La Providencia nos ha llamado á difundir en esta tierra los beneficios de la civilizacion. Mas ¿qué es la civilizacion? Considerar el bienestar como algo, la vida del hombre como mucho y su perfeccionamiento moral como el mayor de los bienes. Por lo tanto, elevar á los árabes á la dignidad de hombres libres, difundir



A CASA BONAPARTE EN AJACCIO.



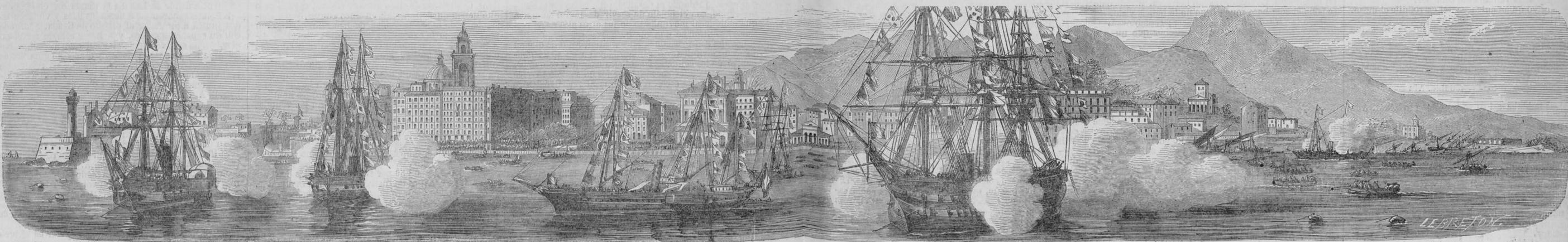
LA POBLACION DE AJACCIO ACLAMANDO AL EMPERADOR Y A LA EMPERATRIZ EN LA PLAZA DEL DIAMANTE.

entre ellos la instruccion sin dejar de respetar su religion, mejorar su existencia haciendo salir de la tierra todos los tesoros que la Providencia ha ocultado en ella y que un mal gobierno dejaria estériles, tal es nuestra mision : no faltaremos á ella.

»Por loque toca á estos atrevidos colonos que han venido á fijar en la Argelia la bandera de la Francia y con ella todas las artes de un pueblo civilizado, ¿tengo necesidad de decir que nunca les faltará la proteccion de la metrópoli? Las instituciones que les he dado les



CAPILLA DE LA FAMILIA BONAPARTE EN AJACCIO.



LA CIUDAD DE AJACCIO.

hace ya encontrar aquí de nuevo su patria entera, y perseverando en esta vía, debemos esperar que su ejemplo será seguido y que nuevas poblaciones vendrán á establecerse en este territorio para siempre franceses.

» La paz europea permitirá á la Francia mostrarse aun mas generosa hácia las colonias, y si he atravesado el mar para permanecer algunos instantes entre vosotros, es con el objeto de dejar como huellas de mi paso, la confianza en el porvenir y una fe entera en los destinos de la Francia, cuyos esfuerzos por el bien de la humanidad son siempre bendecidos por la Providencia. Brindo por la prosperidad del Africa.»

Inmediatamente despues del banquete, SS. MM. se embarcaron á bordo del *Aigle*, y partieron á media noche para Marsella. Mas tuvieron que variar de rumbo, á causa del mal tiempo; el 21, á las seis de la tarde, desembarcaron en Port-Vendres, y sin detenerse en ningun punto, regresaron á la residencia de Saint-Cloud, adonde llegaron con buena salud el 22 por la tarde.

## UNA HISTORIA INGLESA.

### PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

— ¿Habeis visto á Sally hace poco? pregunté á Jael que estaba allí cerca cortando coles de invierno; ¿ha dominado un poco su pena?

— Creo que no es bastante rica para entregarse á sus penas; todavía le quedan Jem y tres pequeñuelos, sin contar un muchacho que vive en su casa y que seguramente come mas de lo que paga.

No hice caso de la insinuacion, pues sabia que mi padre habia aumentado el salario de John, y lo que este daba á Sally. Además, sabia que el muchacho lejos de ser una carga para Sally, la era de mucha utilidad.

— Las campanillas blancas son unas flores muy atrevidas... ¡Jael, vais á pisarlas!

Pero era demasiado tarde; ya habia aplastado algunas con sus zapatos de tacones altos, y aun estuvo á punto de hacerme caer, tal era la precipitacion con que volvía.

— ¡Mirad ese jóven gentleman que viene por el jardín!... ¡y yo con mi vestido sucio y mi delantal lleno de coles!...

Y dejó caer las coles viendo al gentleman que se acercaba á nosotros.

Yo me eché á reír, pues á pesar de su trasformacion habia reconocido al punto á John Halifax.

Traía vestidos nuevos y decentes, y á la verdad parecia otro. En torno del cuello llevaba su gorguera limpia y blanca sobre la cual caian los hermosos rizos de sus cabellos. En suma, Jael ó cualquiera habria podido engañarse y tomarle por un jóven gentleman, lo que la indignó despues.

— ¿Qué vienes á hacer aquí? le preguntó bruscamente.

— Abel Fletcher me ha dado un encargo.

— Pues despáchate, y afuera. No te quedes aquí con Phineas, tu compañía no le conviene, y su padre no la aprueba.

— ¡Jael! exclamé yo indignado.

John no respondió, pero se puso encarnado como la grana.

Yo le tomé la mano y le dije que me alegraba mucho verle; pero él hizo como que no oía.

— Abel Fletcher me ha enviado, dijo, para que me pasee con Phineas. Si Phineas ve en esto algun inconveniente no tiene mas que decírmelo.

Y se volvió hácia mí. La mirada que le dirigí debió satisfacerle.

Jael se retiró confusa, y en su ira dejó caer sus coles. John las recogió y se las entregó, pero á guisa de gracias recibió un bufido.

— Muy político eres con tu nuevo traje; desengancha pronto y... á propósito, no dejes nunca el carro de las pieles debajo de la ventana del comedor.

— No soy yo quien cuida ya del carro, dijo el mozo.

— ¡Ah! ¿Con que no eres tú? me apresuré á preguntarle cuando Jael se hubo marchado; pues temia que hubiese sucedido alguna desgracia.

— No; este invierno he aprendido á leer y escribir gracias á vuestros libros; vuestro padre lo ha sabido, y me ha dicho que en adelante iría á hacer los cobros de dinero en vez de ir á buscar pieles. Esto se paga mas, y sobre todo es mas agradable. Ahí está lo sucedido.

Mientras hablaba así su rostro estaba radiante. A la verdad habia dado un gran paso.

— Debe tener mucha confianza en tí, le dije.

Pues yo sabia que mi padre era muy receloso en esto de elegir personas para recibir dinero.

— Y es lo que mas me halaga, me respondió. Es muy bueno para mí, Phineas, y hoy me ha dado licencia para que me pasee con vos.

— ¡Cuánto me alegro! Mucho nos vamos á divertir. La presencia de John parecia darme siempre nueva vida y nuevas fuerzas.

— ¿Dónde vamos? me preguntó cuando hubimos salido mientras guiaba mi carricoche por las calles de Norton-Bury.

— Vamos al Mito.

El Mito era una cuestecilla situada cerca de la pobla-

cion, sobre la cual el squire Brithwood se habia hecho levantar diez años antes una bonita casa.

— Está bien; y de camino vereis la inundacion: ¡qué espectáculo! El rio crece todavía segun me han dicho, y en la tenería hacen un dique para contener el agua. ¿A qué altura se elevan las aguas aquí por lo comun, Phineas?

— A decir verdad, no me acuerdo. Pero estás muy serio, John; no disfrutas del paseo.

Por mi parte yo me hallaba extasiado; los rayos del sol eran tan suaves, tan vivificantes... ¡Qué felicidad para mí detenerme en el puente al otro extremo de la poblacion, aspirar la fresca brisa que nos traian las aguas que continuaban subiendo, y oír el ruido que hacian despeñándose como una catarata por encima de una esclusa que estaba cerca.

— Este rio tan fangoso y tan lento está hoy magnífico, me dijo John; ¡qué masa de espuma forma! ¡Mirad cómo está inundado el Ham y cómo brilla al sol!

— Te gusta todo lo que es bello.

— Sí, exclamó; no podeis figuraros el efecto que todo eso produce desde mi ventana. Hace ocho dias que no me canso de admirar el cuadro. Mirad allá abajo junto á los árboles cómo se precipita el agua.

— Aquí estamos acostumbrados á las inundaciones.

— ¿Suelen ser peligrosas?

— Lo han sido, pero no en mi tiempo. Ahora dime lo que has hecho este invierno, John.

La historia era sencilla y corta; trabajo desde por la mañana hasta por la noche y del lunes al sábado; trabajo demasiado penoso para que diera lugar á ninguna ocupacion por la noche.

— Entonces ¿cómo has podido aprender á leer y escribir?

— Andando por los caminos y aprovechando todos los instantes. Luego tenia las tardes de los domingos. No he creído hacer mal.

— Seguramente; ¿qué libros has leído?

— Todos los que me habeis enviado: el *Viaje del Peregrino*, *Robinson* y *las Mil y una noches*.

— ¿Ningun otro libro?

— Sí, el que me enviasteis por Navidad; he leído una buena parte de él.

El tono de respeto con que pronunció estas últimas palabras me agradó. Habia leído una buena parte de ese libro que los jóvenes leen muy poco: la Biblia. Pero nada mas le pregunté sobre este punto, pues me habia bastado su respuesta.

— ¿Ya lees de de corrido?

— Leo bastante bien.

Y luego volviéndose hácia mí, añadió:

— ¿Y vos, Phineas, leéis mucho? He oido decir á vuestro padre que sois muy instruido. Decidme lo que sabeis.

— Bien poco en verdad; no debes decirlo.

Pero á sus ruegos lo hice. La lista de mi saber era bien corta; sin embargo, habria querido que aun lo fuese mas cuando observé la expresion de la fisonomia de John.

— ¡Y yo apenas principio á saber leer y tengo ya quince años!

El acento de vergüenza y de despecho con que pronunció estas palabras me llegó al alma.

— No te desconsueles, le dije poniendo mi débil mano entre las suyas; ¿cómo has de tener tiempo para estudiar con tantas ocupaciones?

— Pero debo aprender, sin embargo.

— Pues aprenderás; yo sé muy poco, pero todo lo que sé te lo enseñaré si quieres.

— ¡Oh! ¡Phineas!

Y me clavó una mirada resplandeciente de alegría y de gratitud; luego atravesó con precipitacion el camino, y volvió dos minutos despues trayendo en la mano una larga rama de agabanzo.

— ¿Os gustan las varitas de agabanzo, no es verdad? Esperad que corte las espinas.

Y continuó andando á mi lado mientras trabajaba en silencio con su cuchillito.

Llegamos al Mito.

— John, creo que no puedo subir mas por la colina. — Sí, yo os empujaré por detrás, y luego os llevaré en mis brazos. La cumbre es tan hermosa. Mirad cómo se pone el sol; hace mucho que no le habeis visto.

Decia la verdad... Yo le dejé hacer; ¿cómo negarse-lo? ¿No era él el único rayo bienhechor que hubiese venido á iluminar mi pálida existencia?

Pronto llegamos á la cumbre de la colina.

Por allí cerca, á la falda de una meseta escarpada corria el Saverne profundo y ensanchando su cauce á través de una vasta extension de territorio hácia la cordillera que limitaba el horizonte. El rio no ofrecia por allí nada de notable.

— ¿Te gusta el Saverne, John?

— Mucho. Pero ¿qué es eso? exclamó señalándome una cosa que yo rara vez habia visto en nuestro rio: era una gran masa de agua de tres ó cuatro piés de altura, derecha como un muro y que se adelantaba en medio de la corriente.

— Es la barra (*eger*); algunas veces la he visto en el Saverne cuando la corriente del rio se encuentra con la contracorriente producida por la marea alta. ¡Mira qué monton de espuma!...

— ¡Es una oleada inmensa!

— Y bastante grande para tragarse una barca.

Y en tanto que hablaba así vi con espanto una barca en la cual iban dos hombres que hacian todos sus esfuerzos para evitar la barra.

— No podrán, exclamé; se ahogarán.... ¡Dios mio!

Mientras yo decia esto John me abandonaba y se lanzaba por el revés de la colina agarrándose á las yerbas y á las retamas. Al fin llegó al borde del rio.

Fué un momento terrible. La barra continuaba avanzando, cambiando el apacible rio en un torbellino de corrientes contrarias, en medio de las cuales debia forzosamente zozobrar aquella navecilla con su vela caída. En ella reconocí al jóven M. Brithwood de Mythe-House; iba con otro individuo que no conocia. Ambos remaban con todas sus fuerzas; por fin lograron alejarse del centro del rio, pero no lo bastante para desembarcar; el largo de dos remos les separaba de la terrible barra.

— ¡A nado! gritó el uno de ellos á su compañero.

Pero esto no les habria salvado.

— Esperad, les gritó John; ¡arrojadme vuestra cuerda y yo tiraré!

La tarea era dura. Me estremecí al verle con el agua hasta las rodillas; pero al cabo consiguió su propósito, y los dos remeros se lanzaron sanos y salvos sobre la orilla.

El mas jóven hizo vanos esfuerzos para salvar su barca; era demasiado tarde; la barra se habia apoderado de ella; la cuerda se rompió como un hilo, y al cabo de un instante el ligero esquife desapareció en el agua.

— ¡Pobre barquilla! dijo el jóven Brithwood.

— ¿Qué nos importa? habriamos podido perder la vida, dijo secamente su compañero.

Y comenzaron á subir la cuesta sin hacer caso de John. Pero de repente el mayor de los dos jóvenes se volvió.

— ¿Quién nos ha libertado del peligro? ¿Habeis sido vos?

— Supongo que sí, respondió John que estaba ocupado en vaciar sus botas llenas de agua.

— A la verdad, amigo mio, os debemos mucho, dijo bruscamente el jóven Brithwood.

— No mas de media corona, respondió bruscamente el otro. Conozco á ese muchacho, primo March; trabaja en la tenería de Fletcher el cuáquero.

— ¡Imposible! exclamó March que se habia detenido y que miraba á John con un aire de bondad mezclado de cierta tristeza. ¡Imposible! ¿Quereis decirme, amigo mio, á quién debo un favor tan grande?

— Me llamo John Halifax.

— Sí, pero ¿quién sois?

— Ya os lo han dicho, trabajo en la tenería.

— ¡Oh! exclamó M. March recobrando toda su dignidad, aunque se sorprendió mucho.

Su compañero se echó á reír.

— Ya os lo dije. Mozuelo, exclamó examinando á John de piés á cabeza, parece que habeis prosperado, á juzgar por el traje; sin embargo, sois el mismo á quien estuve á punto de derribar con mi cabriolé; llevabais un carro lleno de pieles; ¡qué horror! Ya me acuerdo.

— Y yo tambien, repuso John con un tono casi amanzador; pero se contuvo, y la risa insolente del jóven Brithwood cesó inmediatamente.

— Está bien, me habeis hecho un buen servicio en cambio de uno malo... Ahí teneis...

Y le arrojó una guinea que cayó al suelo y allí se quedó.

— ¡Ricardo! ¡Ricardo! gritó su compañero, que al cabo y al fin era un verdadero gentleman, y que parecia contrariado con aquel cologio. Mi querido amigo, dijo al fin con voz sofocada dirigiéndose á John, nunca olvidaré vuestro valor. Si pudiera hacer alguna cosa por vos, si esta frusleria pudiera...

Y al mismo tiempo deslizó alguna cosa en su mano. John se inclinó y le devolvió el dinero diciendo que preferia no aceptarlo.

Al ver esto insistió; pero observando que John persistia en su negativa, se volvió á guardar las guineas en el bolsillo, mientras le miraba con aire pensativo.

— ¿Qué edad teneis?

— Cerca de quince años.

— ¡Ah!... pues yo me llamo March... Enrique March, y si algun dia necesitárais...

— Gracias, os saludo.

— Adios.

Me pareció que vacilaba como si hubiese querido darle la mano.

Pero John no lo vió ó no quiso verlo.

M. March se alejó; despues de haber dado algunos pasos se volvió, miró á John, y por último desapareció con su compañero.

— Me alegro que se hayan marchado, repuso John; ahora estamos solos.

Y se sentó en el suelo y se quitó sus medias mojadas, riéndose de mis temores porque cogiera frio, y de mi cólera pensando en las palabras insultantes del jóven Brithwood.

Yo estaba envuelto en mi capa y observaba cómo trazaba círculos en la arena con la varilla que habia cortado.

Una idea me ocurrió de repente.

— John, trae la varilla y te daré la primera leccion de escribir.

Y sobre la arena y con mi palo á guisa de pluma, le enseñé á formar las letras del alfabeto y á ligarlas. Las aprendió tan pronto, que en poco tiempo el suelo estaba cubierto en todos sentidos con estas cuatro letras: J. O. H. N.: John.

— ¡Bravo! exclamó cuando volvíamos á tomar el camino de la casa blandiendo en el aire su gigantesca pluma; ¡Bravo! algo he ganado hoy.

Llegados al puente del Avon, nos detuvimos para mirar la inundacion que habia hecho progresos conside-

rables, aun en aquel corto espacio de tiempo. El agua se había abierto nuevos pases, uno entre otros, á lo largo de la carretera; la corriente no era peligrosa, pero el agua cubria una gran parte del Ham, y no pudimos menos de espantarnos al ver la fuerza de ese elemento abandonado á sí mismo.

John, triste como yo ante aquel espectáculo, me llevó á casa, y nos separamos á la puerta con un despido afectuoso.

— ¿Cuándo volverás? le pregunté.

— Cuando me lo diga vuestro padre.

Comprendí que nuestras relaciones debían estar su-peditadas á esa voluntad suprema. John no podía pres-tarse al menor paso clandestino, á la menor inclinacion, ni aun por su amigo.

Mi padre volvió tarde á casa; pareció que estaba inquieto y cansado, y en vez de marcharse á la cama aunque eran mas de las nueve, se puso á fumar su pipa junto á la chimenea.

— ¿El agua sube todavía, padre mio? ¿Creeis que peligre nuestra tenería?

— ¿Qué sabes tú de la tenería?

— Yo nada; pero me decía John...

— John debería contener su lengua.

Yo tambien contuve la mia. Mi padre continuó fu-mando en silencio, hasta el momento en que me acer-qué á él para darle las buenas noches.

El ruido de mis muletas le sacó de sus meditaciones, durante las cuales parecia que habia desaparecido su mal humor.

— ¿Dónde has ido hoy, Phineas?

— Al Mito.

Y le conté lo sucedido; él me escuchó sin respon-derme.

— John ha demostrado mucho valor; ¿no es verdad, padre mio?

— ¡Hum! exclamó dejando escapar algunas bocana-das de humo; Phineas, John es un buen muchacho, pero no te ocupes tanto de él. Acuérdate que es mi criado, y que tú eres mi hijo, mi hijo único.

¡Pobre padre! Ya era bastante penoso para él el tener un « hijo único » como yo.

En medio de la noche creí oír llamar á la puerta de entrada. Yo dormia en el piso bajo en un cuartito en-frente de la sala grande. Algunos minutos despues ví pasar á mi padre; estaba vestido y llevaba una luz en una mano y en la otra una cosa, que á pesar de sus disposiciones pacíficas, ponía todas las noches cerca de su arca á la cabecera de la cama. Diez años antes le ha-bian robado una gran cantidad, y el ladron se habia sustraído al castigo, pues la ley se negó á recibir el testimonio de Abel Fletcher, porque era cuakero.

El ruido seguía en aumento.

— ¿Quién está ahí? gritó mi padre.

Y sobre la respuesta que recibí, abrió la puerta de entrada despues de haber tenido la precaucion de cerrar la mia.

Un minuto despues oí pasos en mi cuarto.

— Phineas, ¿estais ahí? No tengais miedo.

Reconocí la voz de John.

— ¿Qué pasa pues? le pregunté; ¿la tenería está en peligro?

— Sí, el agua continúa subiendo y he venido á bus-car á vuestro padre, pues aun puede salvar mucho. — Sí, aquí estoy, añadió en respuesta á la voz de mi padre. Volveos á la cama, Phineas, que está muy fria la noche. Prometedme que no os levantareis, yo cuidaré de vuestro padre.

Se marcharon y no volvieron en toda la noche.

Largo tiempo se acordaron en Norton-Bury de esa noche del 5 de febrero de 1795. Los puentes fueron des-truidos, las barcas arrastradas, las casas inundadas ó minadas hasta en sus cimientos. Pocas personas pere-cieron, pero la pérdida de bienes fué muy grande. Seis horas bastaron para esa obra de destruccion, y luego comenzaron á retirarse las aguas.

Yo esperé mucho rato el regreso de mi padre y de John; al cabo les ví al amanecer en el umbral de la puerta.

— Padre mio, mi querido padre, exclamé con ternu-ra, con una ternura que jamás habia demostrado, ni aun en mi infancia.

— Te has levantado muy temprano, hijo mio, me dijo; la mañana está fria para ti; vuélvete al lado de la lumbre.

El acento de su voz era suave, y su rostro estaba pá-lido, dos cosas extraordinarias.

— Padre mio, ¿qué ha sucedido?

— Nada; únicamente el Dispensador de los bienes de este mundo ha querido quitarme una parte de los que me habia acordado.

He perdido como tantos otros de aquí, algunos miles de libras esterlinas.

Se sentó. Sabia yo que mi padre era aficionado á su dinero porque lo habia ganado con mucho trabajo; pero no habria creído que hubiese soportado aquella pérdi-da con tanta calma.

— Sin embargo, la desgracia habria podido ser ma-yor...

— Seguramente. Habria perdido todo lo que poseo en este mundo sin... pero ¿dónde está ese muchacho? ¿Porqué te quedas ahí? Entra y cierra la puerta.

John obedeció, pero sin adelantarse mucho. Estaba todo mojado y parecia tener frio. Yo le dije que se acer-cara á la lumbre.

— Si, ven aquí, hijo mio, le dijo mi padre con bon-dad.

John se aproximó,

Yo estaba de pié entre los dos temiendo interrogarlos acerca de lo que habia pasado; pero en el aire grave del anciano y en la animacion de la fisonomía de mi ami-go que resplandecía con esa emocion generosa que en-cuentra un jóven en el peligro, comprendí que la des-gracia habia sido grande.

— Jael, gritó mi padre, danos de almorzar al mu-chacho y á mí; hemos pasado una mala noche.

Jael trajo un vaso de cerveza con pan y queso; pero me pareció haber notado que la habian pedido para dos personas.

— Otro plato, dijo secamente mi padre.

— El mozo puede venir á la cocina; allí tiene su al-muerzo.

Mi padre frunció los ojos. Jael inspiraba temor á to-dos, aun á su amo; pero en esta ocasion el sentimiento de su conciencia ó de su voluntad se hizo superior á esos temores.

— Mujer, haz lo que te digo; trae otro plato y otro vaso de cerveza.

De este modo con gran indignacion de Jael y con mucha satisfaccion mia, John fué convidado y se sentó por primera vez á la mesa de su amo.

Suceso memorable en los anales de nuestra casa.

Despues del almuerzo mientras estábamos sentados junto á la lumbre, mi padre, contra su costumbre, me explicó todas sus pérdidas, añadiendo que sin el aviso que recibí, la inundacion le habria arruinado comple-tamente.

— Es una dicha que John haya venido, exclamé yo sin atreverme á decir mas.

— Sí; y me ha sido de un gran socorro. Cabeza vieja sobre hombros de muchacho.

John se quedó muy satisfecho con este elogio, aun-que no fué pronunciado con acento amable.

Pero de repente una sospecha atravesó por la mente de mi padre.

— Muchacho, exclamó volviéndose hácia John, me has dicho que habias visto subir las aguas del rio esta noche. ¿Qué hacias á las once en lugar de estar dur-miendo?

John se sonrojó; su sangre rica y juvenil subia con facilidad á su rostro. Esto pareció una mala señal á mi padre.

— Responde, no seré severo, al menos por esta vez.

— Como querais, Abel Fletcher, respondió John con osadia. Estaba en la tenería y no hacia mal ninguno.

— ¿Qué tenias que hacer allí?

— Nada, estaba con los hombres que velaban; ellos tenian una luz, yo no la tenia y deseaba estar levanta-do.

— ¿Y porqué deseabas estar levantado? prosiguió mi padre con el aire de un abogado que pregunta á un testigo en un tribunal.

John vaciló, y de nuevo se puso como la grana.

— Voy á deciroslo, no tengo por qué avergonzarme. A mi edad no sé escribir, y vuestro hijo me ha enseña-do á formar las letras. Ahora bien, temia olvidar la leccion, y queria trazarias con un pedazo de yeso en la pared del cobertizo. Creo que con esto no hago daño á nadie.

El tono de John, aunque un tanto breve é irritado, no le valió ninguna reprimenda.

— ¿Y eso es todo? le preguntó mi padre con bastante suavidad.

— Todo.

Abel Fletcher volvió á caer en sus meditaciones.

John y yo nos hablábamos en voz baja temiendo in-terrumprle. Fumó una pipa, que era su mayor, su único lujo.

— John Halifax, exclamó.

— ¿Qué quereis?

— Es tiempo de que vayas á tu trabajo.

— Voy al punto. Adios, Phineas; buenos dias, Abel Fletcher: ¿teneis algo que mandarme?

Y permaneció en pié delante de su amo con el som-brero en la mano.

¿Qué amo no se habria enorgullecido con aquel ser-vidor? ¿qué padre con aquel hijo? ¡Pobre padre! Ni siquiera una vez llevó su mirada de John Halifax á mí. Por todo lo que hay en el mundo, no habria confesado el suspiro medio ahogado que le arrancaba el contraste.

— John Halifax, me has hecho un gran servicio esta noche; ¿qué te daré en recompensa?

Y mi padre se llevó instintivamente la mano al cha-leco.

— Gracias, estoy bien recompensado en el hecho de haber servido á mi amo, y que él lo reconoce.

Mi padre reflexionó un minuto; luego tendiendo la mano á John, le dijo:

— Tienes razon, nunca olvidaré lo que te debo.

John se sonrojó, esta vez de contento, y se fué tan orgulloso como un emperador, y tan satisfecho como un pobre que encuentra un tesoro.

— ¿Sabes tú qué es lo que podria agrandar al mucha-cho, hijo mio? me preguntó mi padre cuando se hubo marchado John.

Yo habia pensado en una cosa que deseaba hácia mu-cho tiempo, pero que me parecia imposible.

Por eso con mucha confusion propuse á mi padre que le permitiera venir á pasar en casa los domingos.

— ¿Qué idea! No conoces á los mozos de Norton-Bury. Eso nada le importaria; preferirá correr las calles con sus amigos.

— John no tiene amigos, padre mio, no conoce á na-die; no tiene interés por nadie... excepto por mí. Per-mítidle que venga, os lo suplico.

— Que venga pues.

Mi padre no recogía jamás una palabra que habia dado.

Desde entonces John vino pasar todos los domin-gos con nosotros, y al menos una vez por semana era recibido en casa de su amo como nuestro igual y mi amigo.

V.

Los veranos y los inviernos se sucedieron lentamen-te. Los años parecían muy largos en Norton-Bury. Yo me ocupaba poco de lo que pasaba fuera en el mundo. Mi padre llevaba su vida acostumbrada. John trabajaba activamente; ¡yo seguía en la postracion mas absoluta! ¡No contábamos los dias; no mirábamos ni adelante ni atrás!

Pero una mañana del mes de junio me desperté con la idea de que tenia veinte años, y que John Halifax, que no tenia mas que diez y ocho años, era ya un hombre.

La diferencia que existia entre nosotros, y que he señalado ya, era siempre la misma.

Pensaba yo en esa diferencia mientras hablaba con John Halifax en el cenador de nuestro huerto.

— Parece mentira, pero hoy cumpla veinte años, John.

— ¿Y qué?

Miraba al rio que corria como mis años, sombrío, lento y monótono. John me preguntó en qué pensaba.

— En mí mismo. ¡Qué bella muestra soy del noble *genus homo*!

Mi corazon rebosaba amargura; pero John, que me conocia, soportaba pacientemente mi mal humor, y yo sentia por él esa gratitud que sentimos por los que nos soportan, nos sostienen, nos perdonan y nos reprenden únicamente por cariño.

— Hemos nacido el mismo mes, si no el mismo dia; un exámen de la persona no me parece hoy inoportu-no. Vamos, Phineas, pasemos revista á nuestras cuali-dades morales y físicas.

— No hagas el niño, John.

— ¿Porqué no? ¿Qué mal hay en eso? *Imprimis*, como dice Shakspeare, *imprimis*; talla, cinco piés cua-tro pulgadas, estatura ordinaria de los grandes hom-bres, tales como Alejandro de Macedonia y el primer Cónsul.

— ¡Oh! ¡oh! exclamé yo en tono de reconvencion; pues sobre ese punto no nos entendiamos; yo aborrecia y él admiraba al héroe del dia, á Napoleón Bonaparte.

— *Imprimis*, jóven delgado, delicado, pero no cojo co-mo en otro tiempo.

— No, á Dios gracias.

— Muy flaco...

— Un esqueleto.

— Cara larga y pálida.

— Amarilla, John, di la verdad.

— En hora buena. Grandes ojos muy perspicaces que miran fijamente; volvedlos un poco, Phineas, ó me le-vanto de la yerba... gracias... volviendo á mis señas, *imprimis* y *finis* (ya veis lo que he aprendido), cabello largo y negro, cabello que toda solterita (desgraciada-mente no hay una sola en nuestros conocimientos) llamaria un cabello hermosísimo.

Me sonreí y me puse encarnado, pues aunque débil y valetudinario tenia veinte años, y aunque Jael y Sa-lly fuesen las únicas muestras del bello sexo que hasta entonces habian aparecido en mi horizonte, sin embar-go, desde que habia leído á Shakspeare habian venido á perturbar mi imaginacion misteriosas Mirandas.

Pero ¡ay! muy luego me decía que estaba conde-nado á no amar sino en sueños!...

— Ahora, John, cambiaremos de papeles. ¿Cuál es tu edad?

— Ya lo sabeis; tendré diez y ocho años en la sema-na próxima.

— ¿Estatura?

— Cinco piés, once pulgadas y media.

Y levantándose John me hizo ver su hermosa figura.

— ¡Ah! ¡tú eres ya un hombre!...

John se sonrió pensando en el porvenir, en el mundo que se abria delante de él, adonde nunca podria yo se-guirle.

(Se continuará.)

### El café de la Europa en Nápoles.

Este café, situado al extremo de la calle de Toledo cerca de la plaza Real, se ha convertido desde la en-trada de Garibaldi en Nápoles en punto de reunion de los soldados expedicionarios. Es el único café un poco elegante de la capital de las Dos Sicilias. Los camisas rojas son el elemento dominante entre sus pintorescos parroquianos que pertenecen á todas las naciones; sin embargo, el italiano, el inglés y el francés son las tres lenguas que se hablan generalmente. Encuéntranse allí reunidos bersaglieri piemonteses, oficiales de ma-rina, jefes calabreses con vestidos de terciopelo muy bordados, sombreros redondos, puntiagudos y hasta calañeses; no necesito añadir que todos esos sombreros se hallan engalanados de plumas. Para completar el cuadro no olvidemos la cohorte de mendigos, de co-cheros y de *faquini* que se agolpan á las puertas, y na-die extrañará que este café sea actualmente una de las curiosidades de Nápoles.

V. C.



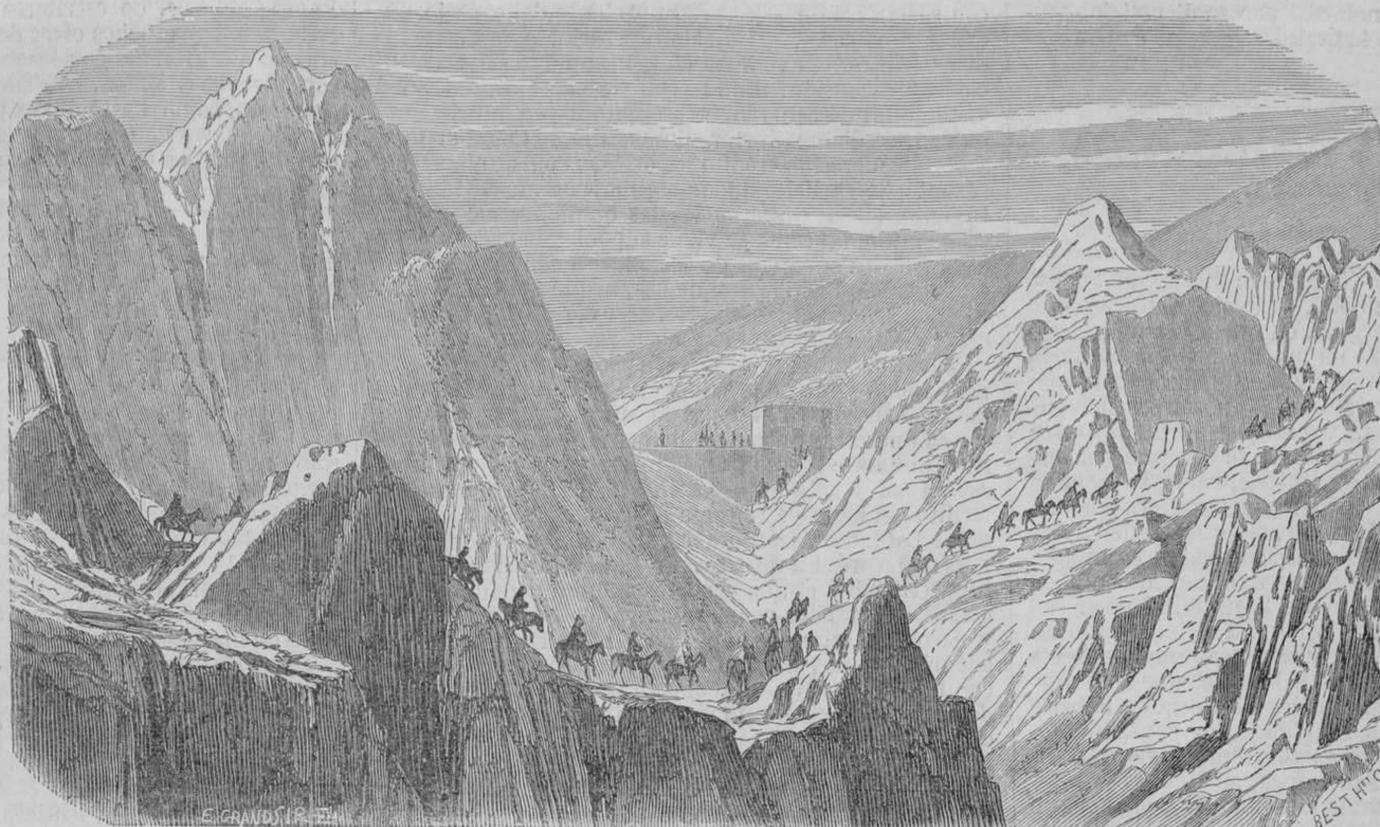
EL CAFÉ DE LA EUROPA EN NÁPOLES EN SETIEMBRE DE 1860.

*J. Durville*

**Expedición de Siria.**

Los tres dibujos que damos con este artículo están hechos por el capitán de estado mayor francés M. Gelis, que acompañaba últimamente á Damasco al teniente coronel Chazy del 71º de línea, encargado de una misión del general Beaufort-de-Hautpoul cerca de S. E. el ministro de Negocios extranjeros de la Puerta y comisario extraordinario del sultan en Siria.

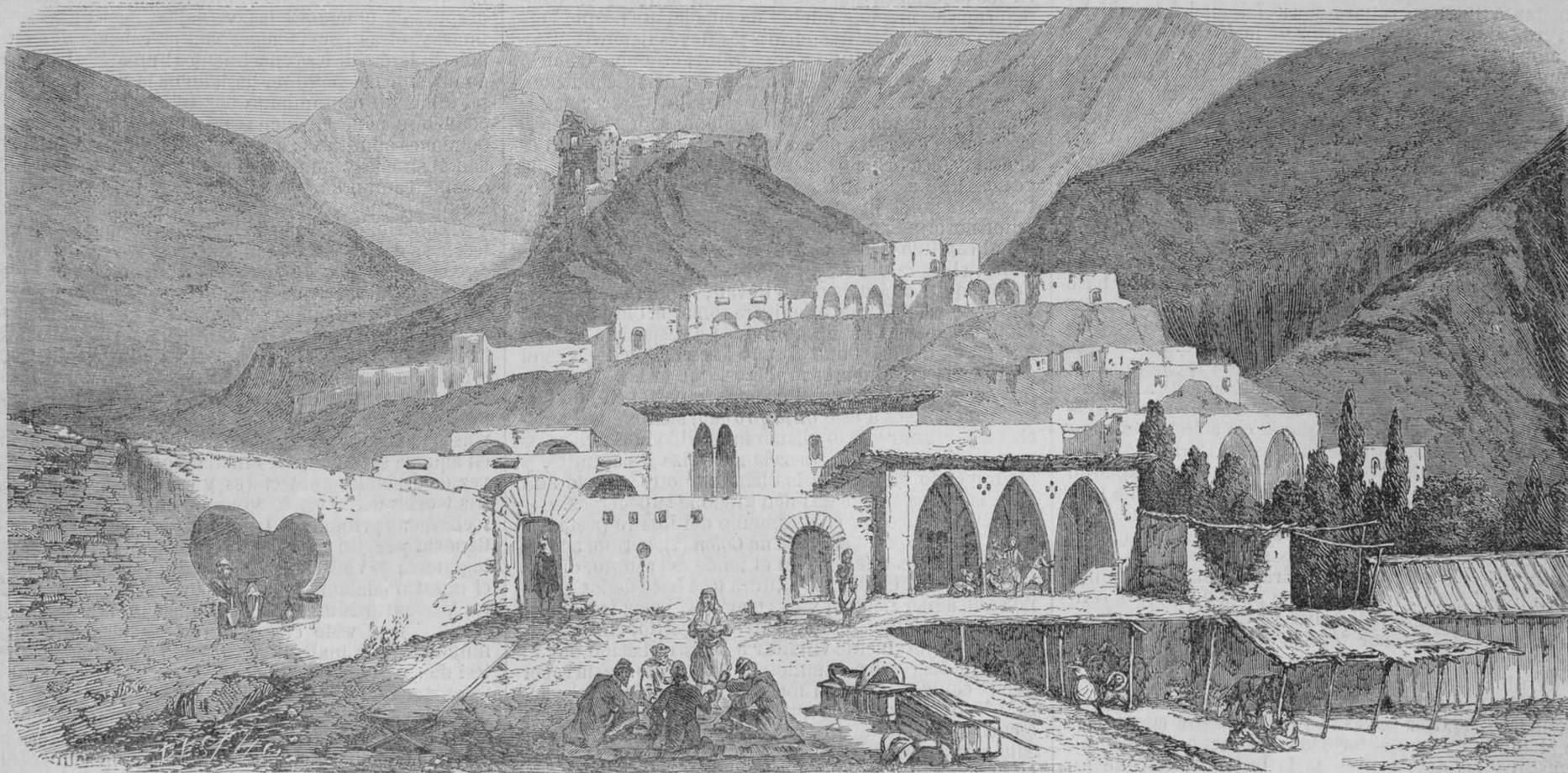
La misión salió de Beyruth el 29 de agosto con una escolta de cien lanceros turcos y bachibozuks bajo las órdenes de Reuf-bey, comandante de escuadrón de estado mayor, ayudante de campo de Fuad-ba-



EXPEDICION DE SIRIA. — LA MISION FRANCESA ENVIADA Á FUAD-BAJA POR EL PASO DE KHAN-MEDERIDJ.

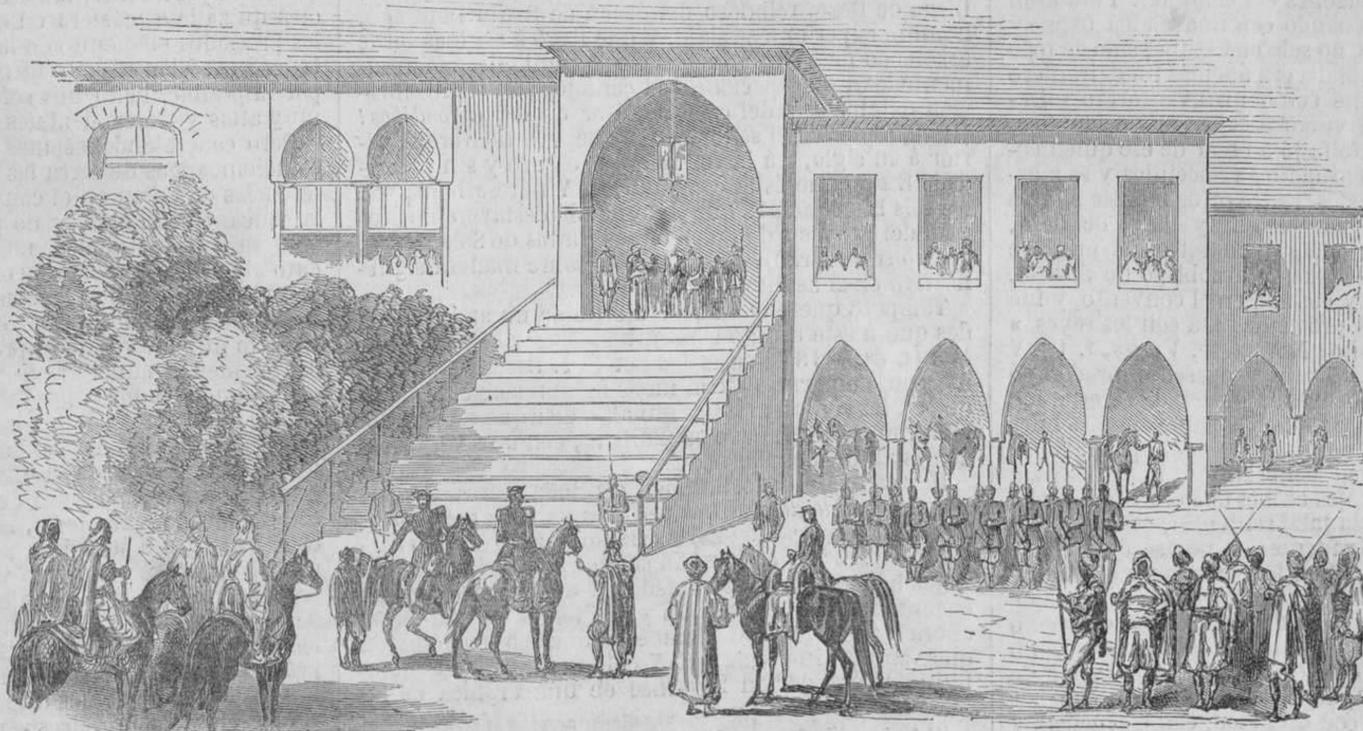
já, á la cual añadió el general en jefe diez spahis del cuerpo expedicionario. Damasco, la ciudad que acaba de llamar tan dolorosamente la atención de toda la Europa, está á veinte y siete leguas de Beyruth. Una carretera emprendida por una sociedad francesa debe reunir en breve esos dos puntos importantes. Ya está trazada en un trayecto de 54 kilómetros, excepto en un punto, en la cumbre del Líbano, donde se detiene en las rocas cortadas á pico del *Khan-Mederidj*, cuyo paso difícil y peligroso está representado en el primer dibujo.

*Kab-Elias*, que se ve figurado en el segundo, es una aldea mixta de drusos, de musulmanes y de



ALTO DE LA MISION EN KAB-ELIAS, ALDEA DEL LIBANO EN EL CAMINO DE DAMASCO.

cristianos, situada junto á la llanura de Bekaa y en las últimas cuevas de la vertiente oriental del Líbano. El barrio cristiano ha sido completamente destruido en los últimos acontecimientos, y los habitantes se hallan en la actualidad refugiados en Beyruth. — *Kab-Elias* quiere decir, *Tumba de Elias*; y efectivamente, allí coloca la tradición el sepulcro del profeta. Las gentes del país enseñan aun en el peñon que domina la aldea, y sobre el cual están las ruinas de un castillo de la edad media, restablecido por Fakhardin, una excavación donde habrían sido depositados los restos mortales



RECEPCION DE LA MISION POR FUAD-BAJA EN EL SERRALLO DE DAMASCO.

de aquel precursor; la casa del dibujo es la del cheik, la principal de la aldea.

El tercer dibujo representa la escalera principal del patio interior del serrallo en Damasco, en el momento en que la misión se dirige á ver á Fuad-baja, á quien debe ser presentada por el cónsul francés M. Outrey; el serrallo sirve hoy de cuartel á una parte de las tropas enviadas de Constantinopla, y de residencia al comisario extraordinario del sultan. Es un vasto paralelogramo cerrado por malas construcciones; por uno de sus lados corre el rio de Barada. El pabellón representado en el dibujo

Jo es lo único digno de notarse, por su disposición enteramente árabe, donde la grandeza se une con la elegancia.  
P. P.

### Cristóbal Colón y la Universidad de Salamanca.

(Continuación.)

La opinión de que en las conferencias no expuso (Colón) todo su pensamiento, apóyala Cantú, según la nota 2ª de la misma página, en que así lo atestiguan el hijo de Colón y Herrera en las *Décadas*, aunque sin citar lugar. Pero admitido ese testimonio como dato irrecusable, habla precisamente en contra del supuesto que impugnamos, y esto por varias razones: primera: porque si Colón, como se asegura, no explicó su pensamiento extensamente, cabía la duda en los que le escuchaban, y lógico y natural era que no pudiesen comprenderle bien, puesto que no desenvolvía su proyecto de un modo satisfactorio y cumplido. Segunda: porque si, aun sin esta explicación completa de su sistema, muchos de los de la junta, al decir del señor Cantú, opinaron que Colón era algo más que un soñador y no fué reprobado, justificase cumplidamente el proceder de los maestros de Salamanca que á las conferencias asistieron, y alcánzales la gloria de haberle comprendido y aprobado su gigantesco pensamiento. Tercera: porque probados estos extremos importantísimos, la universidad de Salamanca, si á ella, como no consta, se hubiera directamente sometido el exámen de la teoría de Colón, lejos de ofrecer al mundo la ignorancia y el atraso que por los escritores extranjeros se supone, queda libremente absuelta de la nota con que procuran infamarla en vano los enemigos de su gloria, con tanta ligereza como notoria falsedad é injusticia.

Pero todavía el ilustre autor de la *Historia universal* estampa en la misma citada columna una nota (es la 3ª), á nuestro propósito importante y decisiva. «Le defendieron, dice, los dominicos, y Colón escribió que sus Altezas debían las Indias gracias á Diego de la Doza (Deza quiso decir) profesor de teología, que sostuvo sus aseveraciones.» El texto literal de esta nota nos releva de seguir impugnando á Cesar Cantú; acorde está con todos los datos históricos que exponemos más adelante, y arroja más luz que la que se cree en este no por nosotros provocado debate.

El primero de nuestros historiadores contemporáneos, el erudito don Modesto Lafuente, persona hace muchos años y por varios títulos á quien apreciamos singularmente, siguiendo en lo más esencial á los ya citados autores, caracteriza con pinceladas maestras dignas de su merecida celebridad la época memorable en que Colón se presentó á los Reyes Católicos (1).... «Ambos, dice, oyeron á Colón benévolamente; pero tratábase de un proyecto que requería conocimientos científicos y especiales, y quisieron someterle al exámen de una asamblea de hombres ilustrados que determinaron se reuniese en Salamanca bajo la presidencia de fray Fernando de Talavera. Aunque para este consejo se nombraron profesores de geografía, de astronomía y matemáticas, eran la mayor parte dignatarios de la Iglesia y doctos religiosos que miraban con desconfianza y con incredulidad toda idea que no estuviese en consonancia con su limitado saber y rutinarias doctrinas, y era peligroso sostener teorías que pudieran parecer sospechosas á la recién establecida inquisición. Así fué que en lugar de examinarse el proyecto de Colón científicamente en la junta del convento de San Esteban de Salamanca, apenas se hizo sino combatirle con textos de la Biblia, y con autoridades de Lactancio, de san Agustín y de otros padres de la Iglesia.» Expone los argumentos que le opusieron y la calificación que les mereció su teoría, y continúa: «Sin embargo Colón combatió con dignidad, con elocuencia y con razones sólidas las preocupaciones del consejo... Pero eran los albores de la luz luchando con una niebla densa y apoderada del horizonte, no solo de España, sino de todo el mundo: y el que hablaba era además un extranjero desconocido, y mirábasele como un aventurero miserable. Así á los ojos del vulgo pasaba por un fanático, un soñador ó un loco. No faltó á pesar de eso quien conociera el valor de sus elocuentes raciocinios y se mostrara adicto á sus proyectos. Entre otros merece citarse con honra el religioso dominico fray Diego de Deza, profesor de teología entonces y maestro del príncipe Don Juan, inquisidor después y arzobispo de Sevilla, que le daba habitación y comida en el convento, y fué más adelante su especial protector para con los reyes.» (Cartas de Colón á su hijo; Navarrete, *Viajes*, t. 1º). Y por último añade: «Triste y apesadumbrado oyó entonces que la junta de Salamanca había declarado su plan quimérico, irrealizable y apoyado en débiles fundamentos, y que el gobierno no debía prestarle su apoyo, si bien el cardenal Mendoza y el maestro Deza, obispo ya de Palencia (hijos ambos de la universidad de Salamanca), templaron la fatal sentencia, etc.»

Hasta aquí el señor Lafuente; y nótese de paso la contradicción en que está con los ya citados Fernando Colón y Cesar Cantú en puntos muy esencialísimos de nuestra materia. Los dos últimos dicen que Colón no quería explicarse mucho, ó lo que es lo mismo, que no explicó su pensamiento extensamente, por temor de verse, como en Portugal, desmentido: asegura el señor Lafuente que combatió con dignidad, con elocuencia y

con razones sólidas las preocupaciones del consejo. En este último caso era no solo necesario, pero hasta indispensable que explicara su pensamiento con toda lucidez y extensión, ó no hay lógica en el mundo. Y á vista de tal desacuerdo, sobre punto tan importante, entre tres célebres historiadores, hijo de Colón el uno, y de tan merecido crédito los otros, ¿cuál de ellos tiene razón? ¿No es lícito dudar siquiera de la acogida que tuvieron en las conferencias las opiniones del célebre cosmógrafo, tal como se viene suponiendo hace muchos años por los enemigos de las glorias salmantinas? La autoridad de Irving, una de las en que ha debido apoyarse el señor Lafuente para hacer el relato arriba transcrito, ¿es tan irrecusable y decisiva, aun descartada su cualidad de extranjero, y reconocidas su erudición, imparcialidad y buena fe? Cuando Prescott (pág. 179, nota 19) convence á Irving de un error cronológico: cuando nosotros mismos hallamos falsa una cita de Herrera que hace Prescott en la misma página, y otra de Acosta por Irving en la página 188: cuando en la introducción de la ya referida obra de Bernaldez dice el señor Lafuente Alcántara las siguientes notables palabras: «La crónica de la conquista de Granada por Washington Irving es una copia del manuscrito que publicamos, engalanada con los atavíos del estilo moderno,» y nosotros decimos: y añadida y bastante desfigurada, además, según parece; es lícito, por lo menos, leerlos con mucha reserva, y dudar de la completa exactitud de sus aseveraciones no menos que de su fecunda originalidad.

Pero no se limitan á esto los errores de Irving; entre muchos que podríamos citar, si tal fuese el objeto de este escrito, hay otros que no por menos importantes, dejan de hacernos leer con suma prevención todo lo que dicho autor asegura. Es uno de ellos el apoyarse en el cap. 2º de la *Historia del almirante* (1) ya para referir las objeciones que opuso á Colón la junta de Salamanca, ya para dar cuenta de su dictámen, que Fernando de Talavera transmitió á los Reyes Católicos. Precisamente ese capítulo conságralo Fernando Colón á hablar de los padres del almirante y de su condición, y de la relación falsa de cierto autor, al parecer paisano suyo, llamado Agustín Justiniano, sobre los ejercicios que tenía antes de ser almirante. El capítulo XI es el que dedica principalmente á dar cuenta de la venida de su padre á España, y de todo lo demás que hemos transcrito; no el II, como repetidamente afirma el escritor norte-americano. Acaso confundió, y es muy fácil, el capítulo II con el XI, lo cual no deja de ser extraño; si fuera al revés, tendría su explicación, porque llevando los capítulos como llevan, numeración romana, pudo procediendo á la ligera tomar el once por dos. Del modo que lo ha hecho induce á sospechar que no ha leído á Colón, y que alguno le escribió citándole el capítulo II en números arábigos, que él leyó II en romanos y así lo estampó. Por poca importancia, en fin, que concedamos á este *quid pro quo*, siempre nos autoriza á presumir que lo mismo ha podido hacer en otros más esenciales puntos, mezclando quizá los apuntes, y atribuyendo á un autor lo dicho por otro; y esto aun dada la buena fe que de buen grado le suponemos.

Excusamos copiar el testimonio del ilustre poeta Alfonso Lamartine en su *Vida de Colón* (2), porque acorde con los autores referidos en el fondo del asunto, difiere solo en la exageradísima pintura que hace de los españoles de aquel tiempo, y nos trata con harta injusticia, para que podamos refutarle en este escrito, cuyo objeto no es seguramente vindicar á nuestra nación de tan inmediatas como calumniosas acusaciones. Basta saber que se contradice de un modo muy notable en el párrafo XVIII, asegurando primero que solo se dignaron escuchar á Colón dos ó tres religiosos del convento de Salamanca, oscuros y sin autoridad, que se entregaban en el claustro á estudiar, despreciados del clero superior, y añadiendo más abajo: «... algunos religiosos se manifestaron, no obstante, un tanto conmovidos entre la duda y la convicción al escuchar el acento de Colón. Diego de Deza, religioso del orden de Santo Domingo, hombre superior á su siglo, y que llegó á ser más tarde arzobispo de Toledo, se atrevió á combatir generosamente las preocupaciones del consejo, etc. ¡Contradicción notable esta del célebre autor de los *Girondinos*! ¡Deza, al decir del señor Lamartine, era hombre superior á su siglo, y á la vez religioso oscuro y sin autoridad! Esto no necesita comentarios. Y nótese bien; de los seis historiadores que tratan de la desfavorable acogida del proyecto de Colón en las juntas de Salamanca, cuatro son extranjeros, lo cual es sobre manera significativo en el asunto que nos ocupa.

Tampoco queremos hacer mérito de un artículo, de dos que á este asunto consagra el *Museo de las Familias* (t. 8º. — 1850) suscritos por F. J. Bastante conforme con Lamartine en el modo de apreciar el espíritu que en las conferencias dominaba, dice que estas se celebraron en 1484, en lo cual difiere, como se ve, de los demás autores citados.

Hemos examinado también con toda escrupulosidad la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, monumento oficial erigido por algunos eruditos y celosos académicos con porción de preciosos materiales hasta ahora diseminados y desconocidos, y no encontramos, en los treinta y dos tomos de que hasta ahora consta, un solo documento que apoye la opinión que venimos impugnando. Y cuenta que en esa notabilísima compilación hay más de una crónica de los

Reyes Católicos, de escritores coetáneos y muy poco posteriores, y muchos otros documentos relativos á los sucesos simultáneos con las guerras de Andalucía y la conquista de Granada. Este silencio sobre punto tan interesante, como hasta ahora poco esclarecido, prueba mucho á favor de nuestro intento, mientras no se aduzcan testimonios fehacientes, que basten á justificar la opinión de nuestros adversarios, á destruir el hecho de la venida de Colón á Salamanca y á negar el apoyo y la aprobación que encontró su proyecto en los padres dominicos y en esos otros muchos cuya procedencia no se especifica, pero que como hemos cumplidamente probado, catodráticos eran de esta tan insigne como calumniada universidad.

Mas admitamos por un momento la hipótesis de que el proyecto del entonces aventurero genovés fué completamente desatendido ó rechazado en la asamblea de San Esteban: tomemos como hecho absoluto lo que es solo relativo y condicional en los autores á que osamos contestar; todavía podemos defender á la escuela salmantina de la infamante nota que algunos historiadores, poetas y periodistas de estos tiempos se atreven á arrojar á la frente de la augusta venerable matrona que simboliza y representa siete siglos de gloria en los fastos de la inteligencia, en los anales de la sabiduría y de la civilización del mundo.

Todos los grandes descubrimientos de las ciencias y las artes, todas las conquistas del entendimiento humano y de los esfuerzos de los hombres nos parecen fáciles y sencillos después de llegar al terreno de las verdades prácticas. La teoría del movimiento de la tierra y de la atracción universal, la invención de la imprenta, del telescopio y de la brújula, la aplicación del vapor como fuerza dinámica, la de la electricidad á la transmisión de la palabra, todo esto se nos presenta hacedero y común *à posteriori*, esto es, allanadas ya las inmensas dificultades que se atravesaban en el camino y después de obtenidas las ventajas incalculables, que unas y otras generaciones van acreciendo al siempre abierto tesoro de los conocimientos humanos. Pero cuando el genio del hombre, destello de la Sabiduría infinita, inicia un pensamiento por útil y fecundo que sea: cuando se pone en lucha abierta con las creencias y opiniones admitidas: cuando revela al mundo una verdad abstracta y punto menos que fabulosa é increíble; es muy común en todos los siglos y países, si no tener á aquel hombre, y muchas veces ha sucedido por loco y visionario, dudar por lo menos aguardando á que su teoría se convierta en tangible positiva realidad. Y si esto suele acontecer á un descubrimiento, á una invención cualquiera, ¿qué mucho que la casi mitológica existencia de un nuevo continente, acaso imaginada en la Atlántida de Platon, en la Antilla de los fenicios y las islas Afortunadas de los poetas: tal vez entrevista y soñada en las entonces orientales y fabulosas narraciones del veneciano Marco Polo, acerca de las opulentas regiones del Asia, de Cipango y de Cathay, de los países del oro y de las perlas; hallase en aquel siglo y en aquella sazón oyentes incrédulos y desconfiados, en vez de decididos protectores y entusiastas auxiliares? Las teorías del advenedizo cosmógrafo, ¿no habían sido rechazadas primero en Portugal y en su misma patria Génova, y según Cantú y algún otro autor, también en Inglaterra y Venecia, países algunos de ellos más que el nuestro adelantados en tal linaje de descubrimientos y aventuras marítimas? Deducidas las antecedentes conclusiones, visto el espíritu y las ideas que en el mundo predominaban, y partiendo siempre de la hipótesis de que Colón fué rechazado en la universidad de Salamanca, las entonces también en Europa y en el orbe famosas como Paris, Bolonia y Oxford, con otras célebres que pudiéramos recordar, ¿hubieran acogido de otro modo á Colón que su hermana la salmantina? ¿Brillaban acaso más que ella en las ciencias físico-matemáticas y en todas las demás que en sus venerandas áulas se enseñaban? ¿Tenían tal vez maestros más que los suyos hábiles, famosos y despreocupados? ¿Era otra quizá la atmósfera en que aquellas desarrollaban los preciados elementos de la ciencia tradicional y coetánea?... Mientras esto no se nos pruebe, y tenemoslo por imposible, lícito nos será deducir á nuestro favor muy altas y trascendentales consecuencias.

Pero concretándonos más al objeto que nos ocupa, estudiemos más de cerca las tantas veces referidas conferencias de Colón en el convento de dominicos de Salamanca. Que habría, y no pudo menos de haber, divergencia de opiniones, no necesita demostrarse con dato alguno histórico; está en la índole y en la esencia de todo grupo de hombres llamados á discutir el asunto más sencillo. Lo absurdo, lo inverosímil y fabuloso sería que hubiera recaído aprobación unánime después del exámen de aquel gravísimo negocio. Desde los concilios generales hasta las juntas ó consultas de tres ó cuatro médicos, desde las asambleas legislativas hasta las juntas de cofradía, desde los mas autorizados consejos deliberantes hasta la mas modesta y privada reunión de familia, todas las de hombres, en suma, ofrecen los mismos caracteres, iguales ó parecidas tendencias, análogos é idénticos resultados. Sería necesario mudar el corazón humano y el modo de ser y obrar de las facultades intelectuales, para suponer un acuerdo común y unánime en todos, absolutamente en todos los puntos controvertibles. Las mas evidentes verdades prácticas, las más sencillas nociones de lo justo, de lo bueno y de lo bello, los mas fáciles axiomas de ciencias y artes, los mas prosáicos asuntos del hogar doméstico, como las teorías más abstractas del entendimiento humano, ¿no se someten á rudas, violentas y acaloradas

(1) Irving, lib. 2º, cap. IV y V, t. 1º, pág. 189 y 209.

(2) Colec. del «Civilizador», pár. XVIII y XIX.

(4) Part. 2ª, lib. IV, t. 9 pág. 433 y siguientes.

discusiones, en que rarísimas veces resulta uniformidad de pareceres, y si otras muchas la sancion de evidentes y á todas luces inadmisibles absurdos?

En las conferencias de Colon no hubo, no pudo haber uniformidad de opiniones: eran sobradamente áridos y trascendentales los puntos que se trataban, y no dioses, sino hombres, sujetos por ende á las humanas debilidades, los allí tan solemnemente congregados. Unos comprenderían el proyecto de Colon: combatiríanle otros, como se combatía siempre todo lo que á discusión se presenta: temerían acoger no pocos las entonces atrevidas proposiciones de geografía y náutica que presentaba el todavía desautorizado genovés; y era á la sazón peligroso, al decir de los señores Irving y Lafuente, el sostener teorías que pudieran parecer sospechosas á la recién establecida inquisición. Consta, sin embargo, hasta por las respetables autoridades que hemos ligeramente analizado, que muchos de los de la junta de Salamanca opinaron que Colon era algo más que un soñador: que no le reprobaron: que hubo quien se mostró adicto á sus proyectos, y que muchos ilustrados miembros de la junta, que eran de este parecer, atrajeron á su opinión á los hombres más notables de las escuelas: que los dominicos le defendieron particularmente, y que el maestro Deza fué, como hemos dicho arriba, y probaremos más adelante, su especial protector para con los Reyes Católicos. ¡Y qué protector! añadimos nosotros. Porque no se contentó Deza con aprobar simplemente los tales proyectos, á una con los demás religiosos de San Esteban y algunos más de esos otros que los historiadores mencionan, catedráticos todos de la universidad de Salamanca, y cuyos nombres, lástima grande es que no hayan llegado hasta nuestros días: no se contentó, decimos, con hospedar á Colon generosamente en el convento, antes, durante ellas y después de las famosas conferencias, sino que asociándose al noble, fecundo y generoso pensamiento en que germinaba nada menos que la próxima invención de un nuevo mundo para la ya entonces floreciente y poderosa corona de Castilla, fué con Colon á la corte, recomendó eficazmente su proyecto, y le presentó á los reyes, encareciéndoles con elocuente interés la conveniencia y hasta la gloria de aceptarlo.

En suma, aun dado que Deza hubiera quedado solo en la demanda, lo que pensó de Colon, lo que hizo en su obsequio antes y después de las juntas, la poderosa influencia que por su alta posición interpuso en la corte y para con los reyes mismos, todo eso ¿no vale por lo menos tanto como la fría y estéril aprobación de los demás vocales, por más conformidad que hubiera resultado de la controversia? Desairado Colon en las juntas de Salamanca, ¿era lógico que volviese á la corte á aguardar una más que probable negativa? ¿No sería más natural que se hubiese vuelto á Italia ó á Portugal, cuando algunos años después de su repulsa en este último país, aquel rey le escribió invitándole á que volviese, según el citado Irving, lib. 1.ª Esa más ó menos numerosa minoría, pero respetable al fin, de la junta de Salamanca, componiéndose de maestros ó catedráticos de la universidad, en desacuerdo sin duda con la opinión de sus compañeros, pero representando dignamente el buen nombre de la escuela de que eran miembros. Ni fué la única minoría que tuvo la razón de su parte, ni su voto es tan de escaso valer, cuando más tarde prevaleció en el ánimo de los reyes. Organó era de esos pocos ó muchos sabios el maestro Deza, que hizo todo lo que sabemos para recomendar y dirigir á buen término el proyecto de Colon, cuyo viaje á la corte y su estancia en ella costeó, después de haberle liberalmente hospedado el convento. Pero ocurresenos preguntar ahora: sin el acuerdo y la actitud honrosa de esa tan autorizada minoría de las conferencias de Salamanca, sin la decidida protección de los dominicos, cuyo representante para con los reyes fué el tantas veces mencionado Deza, ¿hubiéranse tal vez admitido los proyectos de Colon? Si hubiera resultado unanimidad en la junta, ¿habríanse aprobado los proyectos de Colon? Cuando monarcas extranjeros le repelían, cuando la corte de Castilla y dos de sus más influyentes magnates despreciaban sus ofrecimientos, cuando las ruidosas últimas gloriosas escenas de una guerra titánica de más de siete siglos absorbían demasiado la atención de todos, para pensar en admitir las entonces verosímilmente fabulosas ofertas del incansable italiano, solo un pobre fraile franciscano le alentaba y otro fraile dominico le recibía cordialmente en su convento, y en él se escucharon sus proyectos y se discutieron y aprobaron por más ó menos número de profesores de la universidad. Lo que esta era entonces, lo que en el mundo de la ciencia significaba y el altísimo concepto que merecía á todos, pruébase concluyentemente con el solo hecho de haberse designado á Salamanca, ó dirigiéndose á ella espontáneamente Colon, como el único punto en que había quien pudiera comprender, examinar y discutir su famoso proyecto.

Años trascurrieron, es verdad, hasta que vencidas no pocas dificultades, aprobóse por fin el proyecto de Colon; pero no se achaquen estas dilaciones al informe más ó menos favorable de la junta de Salamanca: cúlpese á las guerras que con los moros sostenían los Reyes Católicos y á los obstáculos de otro género que indudablemente se opusieron en la corte: cúlpese á la falta de recursos que deshace siempre los más útiles y generosos propósitos: cúlpese, en fin, á elevadas preocupaciones que esterilizar suelen los más fecundos pensamientos. En apoyo de esta opinión, véase la muy respetable del doctor Galindez de Carvajal. «Nuestros reyes, dice, ocupados entonces en las conquistas de An-

dalucía, no pudieron oírle, pero llevaron la política de entretenerle, y él mismo asistió á ellas, y les sirvió no poco con su pericia y valor (1).» Esta es también la opinión de otros autores que hemos visto, corroborada con los hechos mismos que no se puede destruir.

Pero enfrente de esos indicios históricos que sacados de tan respetables autores, en contra de nuestra opinión, hemos tenido la imparcialidad de presentar, no á uno solo, sino á cuantos acogen y acoger pueden la fabulosa invención que hemos procurado combatir, vamos á presentar algunas de las muchas pruebas que poseemos, más fidedignas é irrecusables, á nuestro juicio, que las que aducen los célebres historiadores que nos hemos atrevido á impugnar. El historiador de Salamanca, Dorado (2), á propósito de este punto, no puede estar más explícito y terminante.

(Se continuará.)

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Las carreras de caballos. — Isabel la ramilletera. — Traje votado por el Jockey Club. — Cuatro palabras sobre la caza. — De las carreras de caballos en Frascati. — Sobre las modas de otoño. — Escasez de novedades. — Las batas orientales y bizantinas. — Sobre los colores. — Una camisa nueva. — Descripción del figurín de este número que representa los primeros trajes del otoño.

Las carreras de caballos en Chantilly y en el bosque de Boulogne son los dos acontecimientos de la elegancia parisiense. Hoy está muy en moda asistir á las carreras en coches de lujo. A propósito de estas solemnidades bípicas voy á hablar de Isabel la ramilletera. Isabel es una morenita muy graciosa que ha sabido resistir á todas las seducciones en medio del infierno de la tentación, pues es la ramilletera del Jockey Club.

Ahora bien, los principales miembros de esta sociedad aristocrática han decidido que Isabel llevará un traje costeado por el club, un traje tan original como elegante. Compónese de dos faldas de lana, la de debajo es gris y está guarnecida de terciopelo negro, y la de encima es azul de Prusia y está recogida á la Pompadour por medio de dos tirantes de terciopelo negro; completan el traje una chaquetilla amazónica de paño negro con solapas que dejan ver un bonito chaleco de lana gris; botitas de caza, media azul y blanca, y sombrero de charol bajo de forma y adornado con pluma y pompon cuyos colores deben variar todos los años. Se ha resuelto que estos colores sean los del amo del caballo que gane el Derby; este año la pluma es blanca y el pompon azul, que son los colores de *madama Latache de Fay*. El sombrero lleva además en forma de inscripción el nombre del caballo victorioso.

La caza es la diversión favorita en el otoño. Los diferentes trajes que se usan en la caza han sido ya descritos varias veces; sin embargo, repetiré que el que más se lleva es el de terciopelo inglés con altas polainas, en las cuales entra un ancho pantalón á la Cromwell.

La Italia á pesar de sus preocupaciones políticas tiene también sus carreras de caballos. Cerca de Roma, en Frascati y en Albano hay todos los domingos carreras que son muy concurridas.

Nada más curioso y elegante que los trajes que se usan en esos pueblos: la última aldeana de Frascati lleva un vestido guarnecido de encaje con guantes blancos hasta el codo. El día de las carreras cierran todas las puertas de las casas de la calle Mayor y sueltan por esa calle los caballos, llevando encima como unas divisas de hojalata flotantes, cuyas puntas tocan á la carne del animal cuando galopa, y producen el efecto de espuelas y de látigo. El animal se excita como un toro con las banderillas de fuego. El procedimiento á la verdad es un poco bárbaro.

El domingo último hubo carreras de este género en Frascati, que principiaron en la puerta del Casino hasta la puerta de la Iglesia. La gente se divirtió mucho. Por las calles andaban bandas de música. Además, ese domingo era la fiesta de la *Santisima María Addolorata*, y hubo en la iglesia de Frascati una misa con música que duró hora y media.

Hablemos ahora de modas de otoño. — En cuanto á trajes de calle se han adoptado definitivamente las levitas cruzadas, de talle largo y con faldones hasta las rodillas.

Lo que llaman casaquilla inglesa ó Dorsay es todavía el traje favorito de los jóvenes; únicamente esta casaquilla se hace ancha y larga, y va ribeteada con un galon cosido llano.

Las mangas continúan siendo anchas.

Los chalecos lo mismo: pequeño chal redondo cerrado con siete botones.

Los pantalones cada vez más anchos. Ya van cayendo en el exceso, que es el escollo de todas las modas.

En cuanto á las telas se fabrican muchas felpillas de seda, que se emplearán en chalecos si el invierno es rigoroso.

Se hacen en el día batas muy lujosas de estilo oriental y bizantino. Las primeras son de tela india muy bordadas de oro; cada buen mozo va á parecer un sultán dentro de su casa.

¿De qué color se hacen estas batas?

La teoría de los colores es una ciencia y un estudio. Las mujeres saben mucho sobre esto, y no hay mejor pintor que ellas cuando se trata de preparar la paleta de su hermosura. En efecto, gracias al colorido, cada cual se puede embellecer y procurarse distinción y elegancia.

El encarnado que hoy ya no se lleva era el color más estimado en casi todos los pueblos antiguos. Entre los romanos era el color de la nobleza, de los patricios, de los generales y de los emperadores, y era también el color favorito de los dioses. Rafael, Miguel Ángel y el Ticiano, empleaban con preferencia el color purpurino.

Por consiguiente, un arrogante mozo de aire aristocrático

(1) «Memorial y registro breve, etc.» Colección de documentos inéditos, t. 18, pág. 277.

(2) Cap. 37, pág. 225. — Salamanca, 1776.

puede adoptar la bata encarnada con los adornos de oro que usan los turcos.

Tengo que hablar en punto á novedades de una nueva camisa hecha por *Levy-Neymann*, que me parecería muy cómoda si yo tuviese que llevarla. Las mangas entran como las de una levita; solo llevan dos ojales para un grueso botón de oro. La pechera de la camisa es muy singular: solo se ve en ella una carterita para los botones.

Hé aquí en fin la descripción del figurín de este número:

El primer traje es para un hombre que va de paseo, y se compone de un sobretodo, ó mejor dicho un paletó, con una forma muy sencilla, que puede llevarse solo ó con otra prenda, puesto que nuestro personaje lleva una levita de paño negro, abotonada derecha sobre el delantero, con faldones bastante cortos.

Bajo esta levita se pone un chaleco de cuello derecho ó de pequeño chal según el capricho. El pantalón rayado es de género inglés, redondo por abajo y sin trabillas. Corbata negra; guantes amarillos y sombrero de forma nueva.

El segundo traje está especialmente reservado para montar á caballo. Es el que usan los sportman para las carreras de otoño. La jaqueta se hace de paño negro y se abotona derecha sobre el delantero; ajusta por todas partes, es corta y de mangas anchas.

El chaleco es de casimir gris ó paja; se abotona muy alto, es muy largo por abajo y se guarnece con una hilera de quince ó diez y seis botoncitos dorados.

Pantalón gris de lana de cuadros grandes muy ancho y ajustado sobre el pie. Corbata negra; guantes de Suecia.

El tercer traje representa el *Mac-Earlane* de los ingleses que se principió á llevar un poco el año último. Es un paletó de esclavina con mangas ó sin ellas. Debajo una levita derecha de paño negro y chaleco de seda negro con puntitos encarnados. Corbata de fantasía. Pantalón verde ruso con rayas diagonales. Guantes amarillos. Sombrero bajo de forma con alas abarquilladas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### Expedición de China.

Después de haber llegado en los últimos días de mayo al río de Chang-hai, en Vassung, la flotilla que transporta el cuerpo expedicionario continuó subiendo hacia el Norte del litoral de la China para entrar en el golfo del Pet-cheli, y el 8 de junio las tropas desembarcaron con entusiasmo en la playa de Tche-fu, de la cual tomaron posesión á los gritos de ¡*Viva el emperador!*!

Tche-fu es una sucesión de aldeas y de pueblos en torno de una bahía ovalada en cuyo centro se levanta un promontorio dominado por un bastión. Sobre ese cerro, que es á la vez una buena posición estratégica y un punto bien situado, se ha establecido el campamento. A su falda se extiende una llanura bastante grande con muchos sembrados de cereales y muchas casas, todo ello limitado al Oeste por una pequeña cadena de montañas. Al cabo de medio año de cárcel flotante, nada podría pintar la alegría y el ardor de las tropas que trabajan en formar su campamento; cada cual se ingenia en acomodarse del mejor modo posible.

Se habían hecho buenas provisiones de esteras y de cañas de bambú; por eso se ven casi tantas cabañas como tiendas al rededor del cerro ocupado. Unos pozos abiertos á pocos metros de profundidad en la playa dan agua potable, y los buques suministran los víveres. Los chinos, tranquilizados por la actitud benévola de las tropas, principian á abastecer el mercado, y la campaña se inaugura con una instalación conveniente, para emprender después las oportunas operaciones. El estado sanitario es excelente.

D. A.

### Las obras del puente del Rhin.

El sábado 22 de setiembre último á las cinco y media de la tarde, se puso el enrejado del puente del Rhin, en el último cuarto del lado badense.

M. Benckiser, de Pfortzheim, director de esta obra magnífica, y los ingenieros franceses y badenses, rodeados de una muchedumbre considerable, asistieron á la operación.

En cuanto el enrejado se colocó en su puesto y se detuvieron las maniobras de propulsión, la bandera encarnada, amarilla y negra de la Confederación germánica se enarboló en lo alto del enrejado hacia la orilla derecha del Rhin, la bandera tricolor de la Francia hacia la orilla izquierda, y por último, todo el enrejado se adornó con banderas francesas y badenses.

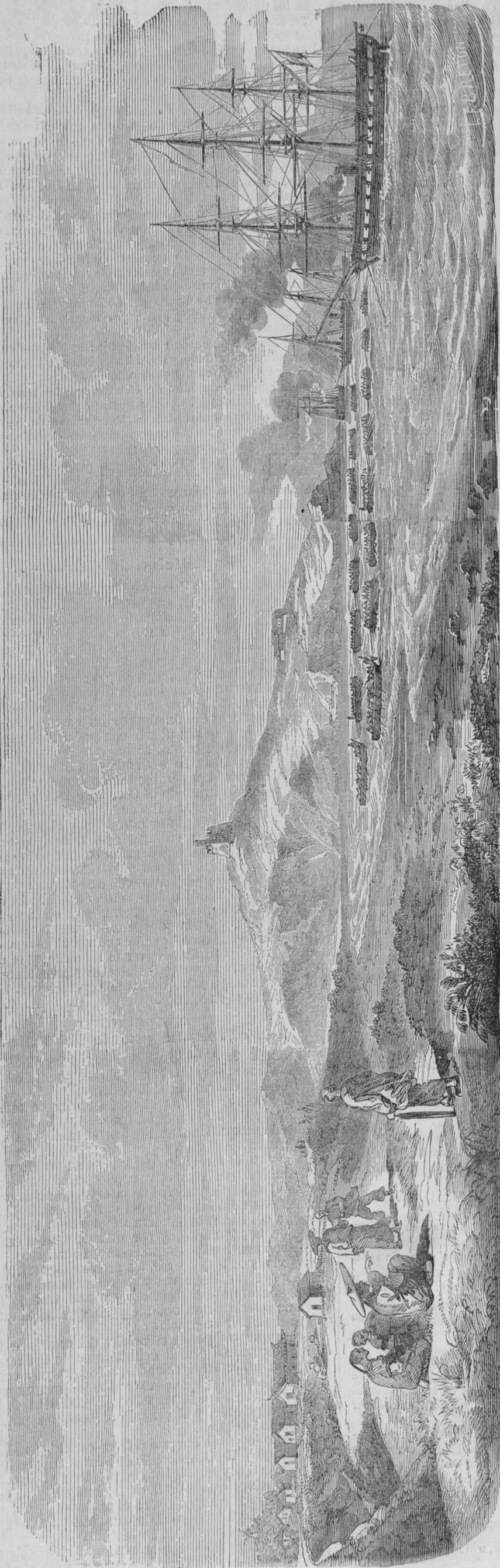
Los vivas de los obreros, los prolongados silbidos de las locomotoras, las salvas y las detonaciones saludaron la conclusión de este hermoso y difícil trabajo hecho con una celeridad tan notable y sin que haya que deplorar la menor desgracia.

Ahora que las partes esenciales del gran puente del Rhin, destinado á reunir definitivamente la Francia y la Alemania, están terminadas, solo falta para completarle establecer en sus dos extremos los puentes levadizos que sirven para la vía navegable. El del lado francés está concluido, y el del lado badense lo estará también dentro de poco.

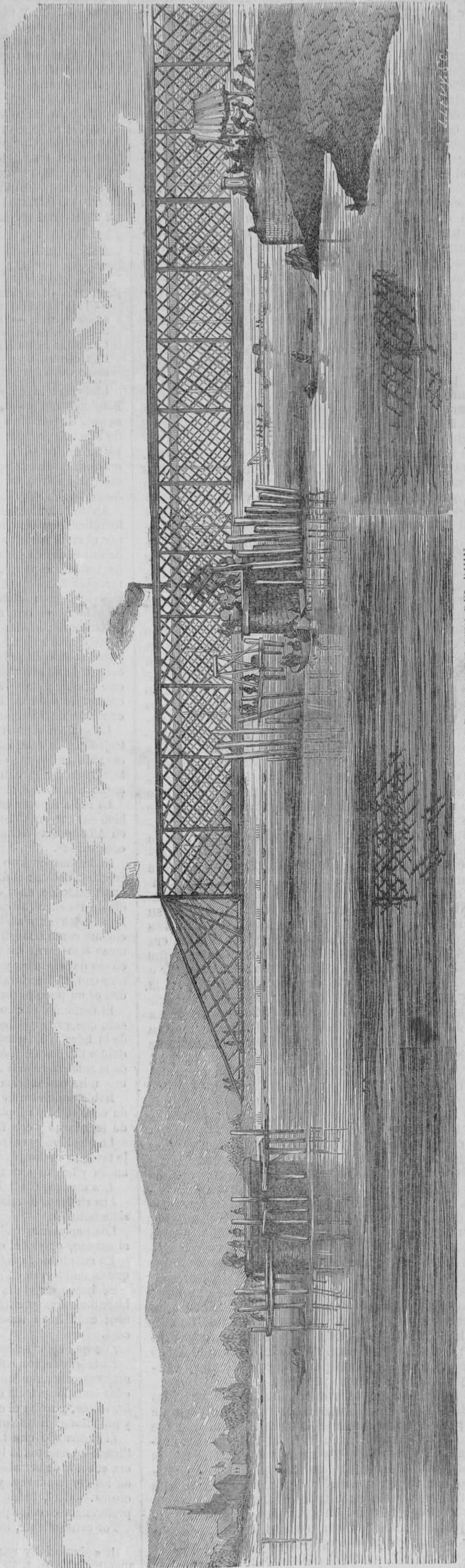
En cuanto á las obras del ferro-carril de unión de Estrasburgo á Kehl, marchan al mismo tiempo que las del puente fijo y adelantan con rapidez; el puente del pequeño Rhin, que constituye la obra principal de esta línea, podrá recibir en breve el tablero de hierro procedente de las fábricas del Creuzot, que ya está cargado en barcas con dirección á su destino.

Seguramente antes que se concluya el año de 1860, la línea de París á Viena podrá estar abierta al público en toda su extensión.

X.



EXPEDICION DE CHINA.— TOMA DE POSESION DE LA PENINSULA DE TCHE-FU.



OPERACION DE LA COLOCACION DEL ENREJADO DEL PUENTE DEL RHIN.